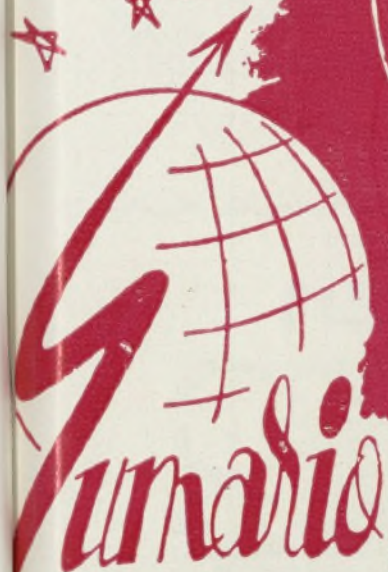


CENITT

sociología
ciencia - literatura



Germinal Esgleas: Firmeza de posición. — Selección de V. Muñoz: El pensamiento vivo de Han Ryner. — Felipe Alaiz: Teoría y experiencia del disparo nervioso. — E. Armand: El contrato anarquista. — Puyol: Isla Cristina. — J. Peirats: Cortina de humo. — Juan Goytisolo: Campos de Nijar. — E. Relgis: La literatura de la guerra y la nueva era. — Alberto Carsi: Túneles y canales. — Francisco Pi y Margall: Del trabajo. — Eusebio C. Carbó: Las minorías en los movimientos revolucionarios. — Fontau-
ra: El eterno maquiavelismo. — Plácido Bravo: Milagros e imponderables. — M. Celma: Las dos Españas. — B. Milla: Los intelectuales. — Suno: Microcultura. — M. Rama: Revoluciones sociales del siglo XX (folletón encuadernable).

114

JUNIO - 1960

REVISTA MENSUAL

PRECIO: 1,00 NF



Ayuntamiento de Madrid

NUESTRA PORTADA

Por sencilla que sea su arquitectura, sobrias las líneas y modesto el conjunto, el Centro Pedagógico de Toulouse ha de constar en los anales de la cultura española, de la verdadera, de la noble.

Sito en la rue Roquelaine, este Centro se dedica desde hace un año a un género de actividades culturales que, tanto por su forma como por el contenido, así como por la audiencia que le reserva el auditorio español e hispanista de Toulouse, merece ser tenido en cuenta por nosotros, los exilados españoles.

En efecto, se propone dar a conocer al público mediante veladas de lectura aquellos escritos y escritores que, por un motivo u otro, son poco conocidos en la propia España. Es decir: Los escritos y los escritores prohibidos, boicoteados o molestados por los dueños de la nación.

Por ahora se ha presentado en escena «El Vendaval», de García Lora, refugiado en Londres, «El labrador de más aire», de Miguel Hernández, poeta, muerto ignominiosamente por los tratos recibidos en la cárcel franquista, «Can», de Orozco, y otras obras de mucho valor también.

De esta forma, al lado de la obra cultural y de regeneración, llevada a cabo por la emigración española, viene a sumarse la que permite el profesorado francés, animando las actividades citadas del Centro en cuestión.

En reconocimiento y gratitud de la cultura hispana perseguida y martirizada, la de Machado, de Ramón Jiménez, de Alaiz, de Lorca, de Acín, etcétera, CENIT ofrece esta mención a sus lectores para general consideración.

En nombre de todos, deseamos larga vida al Centro Pedagógico, progreso en sus actividades y fuerza para resistir a los que, según parece, — «franquismo habemus» — traman algo contra él.

CENIT

REVISTA MENSUAL
DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

Redacción:

Federica Montseny, José Borrás, Miguel Celma.

Colaboradores:

José Peirats, Felipe Alaiz, Vladimiro Muñoz, Adolfo Hernández, Benito Milla, Evelio G. Fontaura, I. Ruiz, Herbert Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio, Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman, J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina, Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Esgleas, Osmán Desiré, Dr. Juan Lazarte, Renée Lamberet, A. Prudhommeaux.

Precios de suscripción. — Francia: Trimestre, 3 NF.
Semestre, 5,50 NF. Año, 11 NF

Número suelto: 1 NF.

Paqueteros: 10 % de descuento.

Exterior: Semestre, 6 NF. Año, 12 NF.

Giros: «CNT.», hebdomadaire, C.C.P. 1197-21, 4, rue Belfort. TOULOUSE (Haute-Garonne).



FIRMEZA DE POSICION

COMO Movimiento Anarquista, no hemos sido nunca vencidos ni capitulamos. Ni en las horas encarnizadas de lucha, ni en las de calma relativa, que paz no puede haberla mientras queden en pie el Estado — no importa su denominación — y el capitalismo, bajo todas sus formas.

Pero la lucha reclama de nosotros toda la abnegación, toda la energía y toda la inteligencia. La sugestión de la victoria no es suficiente para alcanzar el objetivo. Aquellos que vienen a nuestro Movimiento creyendo en las panaceas y en los milagros, se equivocan. Sin esfuerzo y sin trabajo no se hace ni se construye nada, ni se adelanta camino. Es progreso es obra de los hombres, lo es de las voluntades e inteligencias activas, del esfuerzo común y solidario universal, aun en medio de las luchas que desgarran y desolan a la Humanidad.

El camino es largo, y su inmensidad ha de ser tenida en cuenta para prever futuros desengaños. El mundo no se transforma en dos días, en un lustro ni en cien años. El ideal sostiene a los hombres, solidariza una generación a otra, los vincula en la continuidad de una obra. Y un Movimiento, como el nuestro, que ofrece soluciones a los problemas humanos, que aspira a penetrar de su influencia ética y espiritual a los hombres, a ganarlos a la buena causa, a convertirlos en voluntarios y partidarios de ella, debe tener muy en cuenta eso: la continuidad de su obra.

No desperdiciemos ninguna energía nuestra. No desperdiciemos ningún valor nuestro, y aprovechemos, dentro de nuestro Movimiento, todo el caudal de puras voluntades que lo animan. Pero pongamos siempre atención máxima a la condición del militante y principalmente en lo que se refiere a su conducta ética y a su integridad ideológica. En la etapa larga a recorrer, entre los que vienen a nuestro Movimiento sin hondas convicciones y movidos de sus simpatías, el desfallecimiento del militante, su desertión, su falla, pesa mucho. Tengamos siempre el buen sentido de comprender a los compañeros, aun a aquellos que discrepan de nuestro punto de vista o de nuestra opinión personal — que no es ni más ni menos que una opinión, como la de un compañero cualquiera, acertada o equivocada — pero demostremos en nuestros actos consecuencia. La exige la parte constructiva de nuestro Movimiento, las etapas a recorrer, el propio prestigio colectivo.

No somos nosotros un partido político que se propone mandar. Nuestro Movimiento no quiere mandos, ni nuevas jerarquías, ni nuevos privilegios. No quiere ejercer autoridad, porque la autoridad anarquista es un contrasentido y sería tan funesta como todas las demás manifestaciones autoritarias. Y con finalidades de libertad, con métodos de libertad, con prácticas de libertad, expresando la conciencia moral de un mundo nuevo y de una humanidad más perfecta, queremos edificar y construir, acelerar la marcha hacia adelante, asegurar el máximo de libertad y de bienestar para todos.

No hay para la humanidad más salvación ni salida que la Revolución. Y la Revolución — nos lo confirman las experiencias de 1788-93, de 1848, de 1917 y de 1936-39 — será libertaria o no será Revolución.

El ideal por encima de todo, el Movimiento manifestándose con toda la vitalidad y el ímpetu de que es capaz, hoy y mañana, la sugestión de España, de una España libre, abierta a nueva vida, obra nuestra, el trabajo cotidiano, tesonero e incansable en las etapas larguísimas y duras a recorrer, he ahí, compañero militante anarquista, la obra digna de nosotros.

Aprovechemos el tiempo, que la libertad sufre constantes eclipses, y en las entrañas de un mundo en descomposición, nosotros hemos de afirmar todo lo que nos es querido, para que las finalidades opresoras y las fuerzas negativas, lo mismo en Iberia que en el mundo entero, se batan en retirada.

GERMINAL ESGLEAS

El pensamiento vivo de Han Ryner

No existe el cosmos ni existe Dios: ninguna sabiduría y ningún amor fuera del corazón del hombre; ninguna unidad más que en nuestro espíritu; y el cielo y la belleza son una creación de nuestros ojos.

★

El individualismo es para mí la doctrina moral que, sin apoyarse en ningún dogma, en ninguna tradición, en ninguna voluntad exterior, solamente se orienta por la voluntad individual.

★

Se ha dado a menudo el nombre de individualismo a apariencias de doctrinas destinadas a cubrir con una máscara filosófica, al egoísmo cobarde o al egoísmo conquistador y agresivo.

★

Amo a Sócrates porque no enseñaba ninguna verdad exterior a los que le escuchaban, sino que les insinuaba el encontrar la verdad en ellos mismos.

★

Epicuro liberó a sus discípulos del temor de los dioses o de Dios, que es el comienzo de la locura.

★

La gran virtud de los epicúreos fué la temperancia; sabían distinguir entre las necesidades naturales y las necesidades imaginarias, enseñando que bien poco se precisa para satisfacer el hambre y la sed, para defenderse contra el calor y el frío; librándose de este modo de casi todas las otras necesidades y de casi todos los temores que esclavizan a los hombres.

★

Nunca se es culpable de la tontería o de la perfidia del prójimo.

★

Toda palabra de verdad, si es escuchada por muchos nombres, es transformada en mentira por los superficiales, los hábiles y los charlatanes.

★

Jesús murió perseguido por los sacerdotes, abandonado por la autoridad judicial y crucificado por la soldadesca; junto a Sócrates es la más célebre víctima de la Religión y el más ilustre mártir del Individualismo.

★

Los sacerdotes han crucificado la doctrina de Jesús como su cuerpo; han transformado en veneno la bebida refrescante; y de las palabras falseadas del enemigo de todos los cultos exteriores, han organizado la más pomposamente vacía de todas las religiones.

★

El estoico Epicteto soportó valerosamente la pobreza y la esclavitud; siendo perfectamente feliz en las situaciones más penosas para los hombres ordinarios.

★

Si una religión puede contentarse con la adhesión verbal y con algunos gestos de adoración, una filosofía práctica que no se practica no significa nada.

★

Para merecer realmente el nombre de individualista debo poner todos mis actos de acuerdo con mi pensamiento.

★

El esfuerzo para poner la vida de acuerdo con el pensamiento se llama virtud.

★

La virtud es la recompensa de sí misma.

★

Si pienso en una recompensa ya no soy virtuoso, la virtud tiene por primer carácter al desinterés.

★

La virtud desinteresada crea la felicidad.

★

La felicidad es el estado de conciencia que se siente perfectamente libre de todas las servidumbres extrañas y en perfecto acuerdo con sí misma.

★

La alegría es el sentimiento del avance desde una perfección menor a una perfección más grande; la alegría es el sentimiento de que se avanza hacia la felicidad.

★

Llamo tirano a cualquiera que, presionando sobre las cosas indiferentes, como mis riquezas o mi cuerpo, pretende dominar mi voluntad; llamo tirano a cualquiera que trata de modificar mi conciencia por otros medios que no sean los de la persuasión razonable.

★

Amarás al prójimo como te amas a ti mismo.

★

No tengo el derecho de considerar nunca a una persona como un medio, pues cada persona es un fin; sólo puedo pedir a los otros los servicios que de buena gana quieran hacerme, por benevolencia y a cambio de otros servicios.

★

No hay razas inferiores: el individuo noble puede florecer en todas las razas.

★
Exceptuando al demente, todo hombre es capaz de razonar y de tener voluntad; pero muchos solamente escuchan a sus pasiones y a sus caprichos, siendo entre éstos donde se encuentran los que tienen la pretensión de mandar.

★
Una orden sólo puede ser el capricho de un niño o la fantasía de un loco.

★
La sinceridad más necesaria es la proclamación de las virtudes morales.

★
Las relaciones entre el hombre y la mujer deben ser, como todas las relaciones entre personas, absolutamente libres por ambos lados.

★
Toda obra común será buena si, por amor mutuo o por amor de la obra, accionan todos los obreros libremente y si sus esfuerzos se agrupan y se sostienen en una coordinación armoniosa.

★
El sabio se da cuenta de que los sabios son raros en toda época y de que no existe progreso moral.

★
La locura de las necesidades imaginarias del hombre ávido, se engrandece a medida que se las satisface; contra más cosas superfluas tiene el insensato, más quiere tener.

★
El sabio se da cuenta que las reformas cambian los nombres de las cosas, pero no a las mismas cosas; el esclavo se volvió el siervo, más tarde el asalariado; la única cosa que se ha reformado es el lenguaje y el sabio es indiferente a las cuestiones de filología.

★
La sociedad ha agravado el trabajo dispensando arbitrariamente a un cierto número de hombres de todo trabajo y cargando su parte del fardo sobre los hombros de otros hombres; empleando muchos hombres a trabajos inútiles y a funciones sociales; multiplicando en todos y especialmente en los ricos las necesidades imaginarias e imponiendo al pobre el odioso trabajo necesario a la satisfacción de esas necesidades.

★
El trabajo es una necesidad natural porque mi cuerpo tiene necesidades naturales que sólo podrán satisfacer los productos del trabajo.

★
Yo sólo considero trabajo al trabajo manual.

★
La única necesidad natural de nuestras facultades intelectuales es el ejercicio; la mente siempre es un niño feliz que necesita movimiento y juego.

★
El espectáculo de la naturaleza, la observación de las pasiones humanas y el placer de las conversaciones son suficientes para las necesidades naturales de la mente.

★
No condeno ni al arte, ni a la ciencia, ni a la filosofía; placeres que semejantes al amor, sólo son nobles mientras son desinteresados.

★
Del sabio y del artista, como del enamorado o de la enamorada, la naturaleza exige un trabajo manual; ya que les impone, como a los otros hombres, necesidades materiales.

★
El gran instrumento del trabajo natural es la tierra.

★
El individualista se abstendrá de toda función de orden administrativo, de orden judicial o de orden militar; no será gobernador o policía, oficial, militar, juez o verdugo.

★
Ningún individualista puede engrosar el número de los tiranos sociales.

★
Además de las funciones retribuidas por el gobierno, el individualista se abstendrá del robo, la banca, la explotación de la cortesana o la explotación del obrero.

★
El superior social es de ordinario un niño vanidoso e irritable.

★
Volverse el instrumento de la injusticia y del mal, representa la muerte de la razón y de la libertad.

★
El sabio se opondrá por todos los medios nobles a la injusticia y a la crueldad.

★
Todo apóstol dogmático es un tirano, pues trata de substituir a las otras conciencias por la suya.

★
El sabio nunca acudirá a los tribunales para defender su causa.

★
Ir a los tribunales, por intereses materiales e indiferentes, es sacrificar al ídolo social y reconocer la tiranía.

★
Si el sabio es acusado, según su carácter, o dirá la verdad o se opondrá a la tiranía social mediante el desdén y el silencio.

★
Ningún hombre tiene el derecho de condenar a muerte a otro hombre o de encerrarle en la cárcel.

★
Los ídolos proclaman como virtudes a las bajezas más serviles, quieren disciplina y obediencia pasiva, exigiendo el sacrificio de mi razón y de mi voluntad.

★
Los ídolos varían con el tiempo en otros tiempos, se me pedía de suprimir mi razón y de matar a mi prójimo por la gloria de ya no sé que Dios extraño o por la gloria del rey; hoy, se me piden los mismos abominables sacrificios por el amor de la patria; mañana posiblemente me los exijan por el amor de la raza, del color o de tal parte del mundo.

Selección de V. Muñoz

Teoría y experiencia del disparo nervioso

TODOS sabemos lo que es un disparo. Pero no todos sabemos lo que es un disparo nervioso. Y, sin embargo, el disparo nervioso rige casi toda la vida privada y pública.

Aquí está el espectro de Hitler. ¡Qué locuras se hicieron en su nombre! El mundo estuvo pendiente de él; es decir, pendiente de un loco de atar. Completamente loco. Locura sangrienta, de disparo nervioso, de epileptico.

En los hombres no evolucionados el disparo nervioso se da siempre y sin excepción como contrapeso de la ausencia de vida interior, como expresión de epilepsia en los casos graves. Napoleón era epileptoide. Ante cualquier problema, Napoleón reaccionaba como lo que era: un epileptico en potencia.

Se asimiló la táctica guerrera epileptica de Federico de Prusia, táctica demoníaca, que era ésta: concentrar la máxima fuerza ofensiva sobre un punto dado, destrozando la línea por el centro y prescindir de las alas o formaciones laterales, de uniforme densidad generalmente.

El epileptico hace lo mismo en la vida privada. Su furia carece de matiz. La concentra contra un objetivo que podríamos llamar frontal, que es él mismo, elige su punto flaco — su cabeza, de la misma manera que Napoleón elegía el centro de ataque — y se aporrea con violencia.

El epileptico que no está en el manicomio, como no estuvieron Napoleón ni Hitler, el epileptico-tipo, el que al parecer hace vida normal pero es un epileptico, o por lo menos un epileptoide, va pasando la vida deprimido por el propio vacío interior y se obstina en decir cosas desafortunadas y desorbitadas, a consecuencia del complejo de inferioridad que siente y para contrariarlo. Sus disparos nerviosos menudean tanto, que necesita repetirlos en periodos más cortos. Y su vida se pierde entre disparos nerviosos. Los toros, el «music-hall», los mítines de matadero, todo eso obedece a la necesidad que tiene el no evolucionado de recibir impresiones fuertes en su papanatismo de rumiante.

RECUERDESE la política de Hitler. Cada discurso era un disparo nervioso. Goering y Goebbels, sus primeros ayudantes, no eran epileptoides. Eran cínicos. El cínico es un complemento del epileptoide para dar a la epilepsia pública cierta organización que el epileptoide no alcanza, ni capta ni es capaz de iniciar. Así, Hitler, en completo estado de epilepsia delirante, decía en un discurso que tenía la victoria cuando la vic-

toria se le escapaba de las manos. Goering y Goebbels eran reemplazantes para concretar la actividad de la aviación alemana y la propaganda, en plena desorganización ambas, pero por lo mismo llevadas las ofensivas al paroxismo con miras exterioristas y bullangueras.

La masa militar de Hitler no obedeció a Hitler más que en los tiempos iniciales de la guerra. Cuando las unidades motorizadas de Rommel llegaron cerca de Egipto, el desierto se tragó a los alemanes, que según Nietzsche siempre llevan un cocido retrasado. Empezó la dieta entre los alemanes y prácticamente acabó la guerra. La epilepsia de Hitler, muy capaz de contagiar a los alemanes afectos en un salón o en una cervecería, era incapaz de hacer combatir a los alemanes en un desierto sin Intendencia. Todo esto no lo comprende el epileptoide ni el cínico.

Igual ocurrió en Rusia con la desbandada del ejército de Napoleón, hambriento y haraposo. Igual ocurrió en Rusia en 1918 con las huestes de Denikin, batidas por un ejército de paisanos ucranianos, que se apoderaron de la Intendencia. Igual ocurrió en España cuando Napoleón se las tuvo que entender con las guerrillas, que dejaban sin viveres a los sacrosantos ejércitos imperiales.

Cualquier disparo nervioso de los conquistadores es inútil ante la dramática situación del combatiente que no puede comer. Ni robando la producción a los países ocupados podían comer los alemanes, a consecuencia del enorme despliegue de sus conquistas, tan fáciles al principio. Querer dominar Alemania todo el territorio continental desde el Báltico a los Pirineos y desde Kiel al Asia no es más que el sueño de un epileptico deslumbrado por el resplandor de sus disparos nerviosos. Si se añade el proyecto de dominar también los desiertos africanos, nos encontramos con el epileptoide modelo, de base. Que un hombre así haya llevado el mundo al precipicio y que los alemanes le dieran el voto para eso, no es más que un caso de epilepsia contagiada y una ignorancia de la ciencia del psicoanálisis.

RECUERDESE que Hitler era pintor de puertas y ventanas, y bastante malo. Cuando quiso ingresar en una Escuela de Bellas Artes, demostró tan completa ineptitud, que no pudo entrar. Y entonces se dedicó — como todos los seres inútiles a fundar un partido. Padecía un grave, un resentido complejo de inferioridad por sus fracasos acumulados. El hombre razonable se prepara concienzudamente para ingresar en un cen-

tro de enseñanza. El epileptoide es incapaz de tarea metódica y recurre a procedimientos demoniacos para imponerse. Pero los tribunales que juzgan a los candidatos de ingreso en una Escuela de Bellas Artes o en otro centro por el estilo, eliminan generalmente a los incapaces.

El mundo no germanizante tuvo que movilizarse para nacer con Hitler lo que hicieron los profesores que suspendieron al futuro dictador. Esto prueba que es más fácil imponerse a millones de alemanes no evolucionados, propicios a la abstracción dictada por la epilepsia, que a un grupo de profesores expertos en materias concretas que se fueron asimilando mediante trabajo metodizado y no mediante ataques de epilepsia.

E L epileptico privado arremete desaforadamente contra el adversario o contra el no adversario. Necesita la pelea porque él no pelea interiormente contra sí mismo. Los hombres que han adquirido una experiencia directa luchando contra el propio instinto de caverna, contra el despotismo ancestral que vive en ellos, contra el vicio arraigado, contra los hábitos autoritarios, contra la incultura, sabe que tal lucha interna fatiga, pero sabe también que la reacción que se produce inmediatamente contra los mismos vicios de los demás es saludable, comprensiva y eficiente. Es entonces cuando el ejemplo ocupa el lugar de las palabras y cuando cesa el disparo nervioso. Pero si no hay autoeducación, los disparos menudean llegando a constituir una necesidad imperiosa. El traumatismo y el personalismo substituyen al razonamiento y la serenidad. Todo lo que ocurre después es fatal.

T ENEMOS el caso del maldiciente. El maldiciente gusta de murmurar contra no importa quién, pero ausente. Es decir, que dispara sobre un blanco invisible y con la bajeza del que sabe que no va a encontrar al punto zapato de su medida, sino oídos complacientes, que siempre los hay contra cualquier ausente. Y esto es trágico. Ningún país donde abunden los maldicientes avanzará en ningún sentido.

El maldiciente arma su instinto con bala y dispara. El blanco, lejano, permanece inmovible. ¡Qué sabe él! Pero que el maldiciente emplee las horas bien y dejará de maldecir. Siempre el disparo nervioso del maldiciente se da en individuos no evolucionados, que necesitan cargar y descargar su inferioridad, de la que el mismo instinto les da convencimiento. Siempre el maldiciente sistemático es un ocioso. Su sistema nervioso está vacante y no es posible llenarlo o cargarlo con el aburrimiento manso. Hay que amenizar con más fuerza el desierto interior. Para ello, nada mejor que el disparo nervioso, oasis de plantas parasitarias en el secarral íntimo.

Se ha dicho que la hipocresía es un homenaje que el vicio rinde a la decencia, pero entendiéndose la decencia como tal y además como tiempo bien ocupado.

E L disparo nervioso es la ociosidad de choque. El disparo nervioso es la manera de odiar por motivo determinado y grave, que no se quiere exteriorizar. Se busca entonces una táctica de diver-

sión, exteriorizando una disidencia que nada tiene que ver con la verdadera disidencia separatista, profunda. Si hay un envidioso que no puede ni quiere exponer pública ni privadamente los verdaderos y vergonzosos motivos de antagonismo con otro, lo que hace el envidioso es meterse con este otro, con su manera de vestir, con su pueblo. De buena gana se metería con su madre, pero eso no es fácil. El verdadero motivo de separación queda en la gajapera del rencor y casi nunca se exterioriza. Lo que se hace es escalonar una serie de pequeños disparos nerviosos que alivian el dolor terrible que hay en la gajapera del rencor. Las antipatías instintivas son las más violentas por lo mismo que carecen de motivo.

H AY también ráfagas de metralla nerviosa, disparos a granel. Seguramente habréis ido alguna vez a cualquier lugar público, a un **restaurant** por ejemplo, convertido en tertulia. Allí hay siempre un catequista de tal o cual partido que habla en todo momento de su tragedia interior. Su tragedia interior es que no sois de su partido y que sus consignas os tienen sin cuidado. Pues el catequista las lanza sin descanso, una tras otra. Vais al **restaurant** a comer, sencillamente, a comer. Preferís discutir la sazón del plato de pescado que os sirven o hablar del tiempo, porque estáis cansados de vuestro trabajo. Y lo que preferís sobre todo es dialogar sin ruido con vuestro afín que come frente a vosotros.

El catequista os amarga la comida. Un aparato de radio se somete a silencio tocando un botón. Al catequista no hay manera de reducirlo al silencio. Como cree poseer la verdad integral y quiere ser catequista a gestajo, os coloca pequeños discursos. Todos estos discursos son de tesis, naturalmente, y todos son disparos nerviosos con metralla, en ráfagas. Dice, por ejemplo, el catequista laico dirigiéndose a su vecino de mesa, que supone desafecto al partido: «Nunca seréis nada». En realidad se dirige a todos los que comen para amaestrarlos en la incapacidad de que no serán nunca nada, de que no serán ni siquiera comisarios de Puertas y Ventanas ni alcaldes de barrio.

Pero como los oyentes forzosos no quieren ser habitualmente más que lo que son, el catequista se indigna y repite sus disparos. No concibe la vida sin ser catequista. Las cuestiones públicas le apasionan hasta el delirio. No tiene camisa, pero la cuestión del Irán está a punto de hacerle mugir. Se ve apurado para pagar la comida, pero la reunión de los grandes le frie la sangre. Anda de medio lado porque come poco, pero ¿qué me dicen ustedes del discurso de Fulano? Comiendo, andando por la calle, en el café, en todas partes, el catequista se entrega al soliloquio, a vocear en el desierto. Y no sabe hablar de nada más que de lo que no le afecta, de lo que hacen sus jefes sin contar con él.

Esta es la tragedia del catequista espontáneo, que hace méritos toda la vida para ser al menos gobernador y acaba alguacil. El verdadero catequista de un partido no va por cafés ni tabernas predicando y en cambio tendrá todos los enchufes. Pero este proletariado delirante de los parti-

DESAPARECIDO el Estado ¿cómo se regirán las relaciones entre las personas aisladas o asociadas? Por una entente; un acuerdo libremente propuesto, discutido, aceptado y cumplimentado. Dicho en otros términos: un contrato.

Designese como se quiera el término importa poco, lo que interesa es saber la naturaleza del contrato que se puede concluir entre anarquistas.

Si está fuera de duda que las cláusulas de un contrato deben ser propuestas, examinadas y discutidas en condiciones que aseguren toda libertad de espíritu y de acción de los contratantes, está fuera de duda también que las citadas cláusulas no podrían estipular nada contrario a la concepción anarquista de la vida humana dejando libertad absoluta al que no quiera o no pueda ejecutarlas.

Es posible que un individuo no haya medido todo el alcance del acuerdo suscrito por él o que en el curso de ejecución su estado de espíritu se haya modificado bajo la influencia de circunstancias nuevas. Es posible que una emoción, un sentimiento de cualquier especie que sea lo invada, lo domine, se apegue de él, momentáneamente quizá, colocándolo en el momento de adoptar el acuerdo. Por todas estas razones el contrato concluido entre anarquistas debe ser rescindible.

Uno de los contratantes — por ejemplo — puede estimarse perjudicado o reducido a una situación desfavorable, inferior o indigna de él, respecto de los otros contratantes. Estos, a su vez, tras cierta experiencia, pueden apercibirse que no es-

El contrato anarquista

tan calificados para cumplimentar las cláusulas por haberse aventurado más allá de sus aptitudes o de sus posibilidades, arriesgándose a un compromiso que les une aunque solo sea temporalmente. Es precisamente por cuanto precede que una de las condiciones previas para la conclusión del contrato entre anarquistas, exige de los interesados un examen serio de sus capacidades y de sus medios.

Y el contrato, siendo rescindible, debe serlo con preaviso. Es de un compañerismo elemental el que ninguno de los participantes sufra dificultades, retardos ni perjuicios nacidos de la ruptura de contrato y susceptibles de ser evitados.

Incluso en caso de brusca ruptura de contrato no puede admitirse, entre anarquistas — so pretexto de hacer respetar sus términos — la intervención de terceras personas o autoridades, ajenas por completo a los interesados. Tampoco debe prevalecer sanciones disciplinarias o penales bajo el manto de elucubraciones li-

terarias. Nada de eso sería anarquista. Lo que se puede hacer no obstante, en caso de litigio en el curso de la ejecución del contrato es prever el recurso a un árbitro experto, un técnico, por ejemplo, con la conciencia primordial de que el elegido fuera del agrado de ambas partes discordantes y de bastante confianza para que con su decisión se termine el litigio.

Todo contrato que implique obligación, sanción o intervención administrativa exterior no es ni individualista ni anarquista. Por otra parte, el contrato tal como le concebimos nosotros, y tal como lo interpretan los anarquistas de todas las tendencias no puede ser concluido más que entre unidades humanas de un temperamento y una mentalidad adecuados y si esta mentalidad falta, no hay contrato posible entre anarquistas, por lo que — incluso admitida esa mentalidad determinada — los anarquistas afirman que para asociarse es indispensable conocerse bien, y no adoptar ninguna actitud de compromiso más que para un período y un trabajo bien definidos, una actividad o acción bien determinada como sea posible.

Teóricamente el contrato se rompe a partir del momento en que perjudica a uno de los interesados. Esta fórmula presenta el defecto previsto en sus aplicaciones si no se tiene en cuenta las circunstancias, vida y temperamento individuales. Prácticamente se puede constatar que el contrato entre anarquistas cesa en el momento que la entente que presidió a la conclusión del mismo, se halla de nuevo para examinarlo.

Efectivamente, el contrato entre anarquistas, ni aun entre no anarquistas, para un objetivo cualquiera, no puede ser firmado a la ligera. Su base estará exenta de reservas mentales, disimulo, fraude y al margen de cualquier interés mezquino, sordido, señalados con el índice acusador incluso en el concepto jurídico de la sociedad capitalista actual. Los compromisos se conocen, han sopesado virtudes y defectos, reflexionado acerca de las consecuencias, previsto los diversos peligros, etc., y determinado las concesiones que eventual y mutuamente deberían hacerse.

Cuanto antecede es suficiente para comprender que un compromiso leal no puede cesar por simple capricho, por una fantasía o por un momento de mal humor de cualquiera de los que constituyen el grupo o la colectividad y la ruptura no puede hacerse sin reflexión; sin examen profundo y serio de daños, perjuicios y consecuencias que de tal actitud puedan descollar.

Desde luego, ningún anarquista podría oponerse a la voluntad formulada por uno de los interesados de romper el contrato. Pero ello no implica el que los otros compañeros no puedan objetar nada a tal ruptura, existiendo además la posibilidad de que, en el momento en que el descontento pide la ruptura de la asociación, los otros colectivistas expresen sentimientos parecidos. Un anarquista puede objetar, pedir reflexión, exponer razones, marcar ciertas consideraciones de orden muy particular cuando se trata de sentimiento muy bien comprendido por quienes viven una vida sentimental intensa.

dos, este famélico catequista de café se cree un ciclón, es el que realmente no llega nunca a ser nada más que una plaga para el sufrido auditorio.

Los disparos nerviosos escalonados por la manía del catequista espontáneo tienen depresiones horribles, pero pasajeras. Tal personaje o cualquier otro grande pone en la línea de fuego de nuevo al catequista gratuito. Los partidos viven por él, pero no le dan más que huesos en el festín político. Los animadores del partido callan y obran, maniobran en altas esferas, hacen como que riñen con el gran rival, pero acaban por pedirle dinero y comen con él opíparamente en un salón espléndido. Y el catequista, partiéndose el pecho con su metralleta por tabernas y cafés, consumiendo su energía en fuegos de artificio, en disparos nerviosos cada vez más violentos que acaban por desengañarle, trasladando entonces su afición el catequista al patetismo astral o a la afición a los solitarios, refugio de la misantropía y del aburrimiento cuando la metralleta se queda por uso immoderado y el mundo sigue dando vueltas sin que los catequistas remedien sus vergüenzas ni sus oprobios.

FELIPE ALAIZ

Un anarquista podrá resistir más o menos tiempo a la ruptura de un contrato si posee la convicción profunda de que su compañero obra al influjo de influencias perniciosas. Por lo que no se debe invocar la inconsecuencia. Según sea su temperamento podrá sufrir y lamentarse.

A menos que existan motivos excepcionales, el anarquista que de forma incoherente impone la ruptura de contrato, así, a rajatabla, me parece un compañero inconsecuente, si no de mala fe. Un anarquista no aprovecha de la facultad de romper el compromiso sino después de haber obtenido adhesión sincera de su compañero o del grupo de compañeros a los que está unido.

El compañerismo es contrato tácito concluido entre seres unidos por ciertas afinidades intelectuales, sentimentales o de otra categoría, tendientes al aporte de goces materiales, morales, susceptibles de hacer la vida más agradable. Por ello es imposible aceptar la ruptura impuesta a todo evento, sin ton ni son, infligiendo sufrimientos y trastornos reñidos con un mínimo de comprensión del concepto de camaradería.

Se ha formulado a menudo la pregunta sobre la diferencia que existiría entre la humanidad actual y una humanidad anarquista o de tendencia anarquizante. Francamente hablando yo lo ignoro; no estoy en condiciones de dar detalles sobre el particular. Pero de lo que sí estoy seguro es de que el contrato no será impuesto ni políticamente ni en otras formas de la vida humana. Ni por una casta ni por una clase social. Actualmente, la unidad humana se halla frente a un contrato social impuesto. En una sociedad humana impregnada del espíritu anarquista no existirá más contrato (compromiso) que el contrato propuesto. Es decir, que en sociedad anarquizante no se puede tolerar una cláusula cualquiera de un acuerdo que no haya sido previamente discutido antes de ser suscrito a los interesados. En una sociedad anarquista o anarquizante no puede existir el contrato unilateral, es decir obligando a quienquiera que sea a cumplir un trabajo, una actividad que no haya sido aceptada personalmente y con entera responsabilidad, ya que ningún grupo, ninguna mayoría económica, política, religiosa, etc., ningún conjunto social — sea cual fuere — puede obligar a una minoría o a una sola unidad humana a ceñirse, contra su voluntad, a sus decisiones ni a sus órdenes.

E. ARMAND

Traductor, F. FERRER

ISLA CRISTINA

DOS jornadas a pie desde Huelva. El primer pueblo que se encuentra es Gibralfaleón. El domingo llegué yo a Gibralfaleón, dominio antaño del duque de Béjar y no sé si hogaño de alguno de sus descendientes: el atún immortalizado por Cervantes con la dedicatoria de la primera parte del «Quijote». Me vi con aptitudes para coger higos, por entonces faena en todo su apogeo, y pedí trabajo. Al día siguiente, de madrugada, salía para el «jigueral» con la peonía, la hogaza y el bocado de tocino gordo del ajuste, los cuales vivieres resistí a poner en mi barjuleta, entre las cuartillas de la «kilométrica» novela que estaba escribiendo, y en la mano los llevaba. El «jigueral», donde Cristo lanzó el postrer suspiro. Entregáronme una caña como la de la doctrina de larga a fin de realizar el trabajo. Tan mal me las compuse que tiraba al suelo los higos crudos y dejaba en el árbol los maduros. Hice un destrozo, verdaderamente. Acudió el amo: desarmóme: intentó tundirme con la caña de la doctrina, poniéndome por buenas composuras en el almijar, que fué como darme carta blanca para atracarme de almibarados higos. Acabé con el agua de las alcarrazas, y a poco más el cólico que me dió acaba conmigo. No me pagaron. No volví al pueblo con la cuadrilla a la caída de la tarde. Echéme a cuestras las cuartillas de la novela por entregas y, hala hala, a Isla Cristina, más comúnmente llamada La Higuerita.

★

Otro Finisterre, a la parte Sur. Marina descolorida, fea; trasciende a légamo. En un cielo de disgusto un sol con telarañas. Hay más gris que azul. La humedad se hace barro, y la luz, cociendo en este gran cuenco, humea. Aire salino que escuece. Huele a marisma. Todo el mundo anda ocupado: en estibar, en salar, en conservar, en rematar la pesca

que en los panzudos galeones viene. Suenan la campana de la Lota, y el grito del mostranquero tiene tanto de pregón andaluz como de musulmán azalá. Corre el dinero. Hay muchos hombres y mujeres empleados en las importantes salazonerías. Abundan las tascas. Este gran saladar es un pequeño Potosí, donde el pícaro y el trahumante, el mendicante y el capigorrón arriman el hombro al trabajo. Muchos naufragos rehacen aquí su vida. En este rincón no preguntan a nadie de dónde viene. Unos chavos bastan para comer. Yo ahorré dinero ocupándome en trabajos livianos. Tanto me especialicé en el rodaje de barriles que los encarrilaba como el aro los niños, y de muchos almacenes me buscaban. Tenía siempre faena.

★

Nuestras conservas fueron muy codiciadas por los diferentes invasores de España, cuanto más de la parte de Andalucía. En los pocos textos antiguos se habla de ellas con elogio. Andaluza, onubense, es La Higuerita. Parece que ha venido a menos, que ahora lleva más ruido Barbate, emporio almadrabero, lo que Zahara en otros tiempos. Barbate, cerca de Vejer, próximo al lago de la Janda, la batalla de este nombre, erróneamente llamada del Guadalete, la derrota del último rey godó...

★

Regresé a Huelva, y al pasar por Gibralfaleón caí en la cuenta de que no fueron los higos los que me hicieron daño, sino el duque de Béjar, marqués de Gibralfaleón, conde de Benalcázar y Bañares, vizconde de la Puebla de Alcocer, señor de las villas de Capilla, Curiel y Burguillos, que lo tengo estomagado, siendo bien cierto que todos sus títulos juntos no valen lo que la dedicatoria de la primera parte del «Quijote» otorgada por Cervantes a tan ruin señor, hartamente inmerecidamente.

PUYOL

CORTINA DE HUMO

UNO de los factores más relevantes de la tragedia ibérica ha venido escurriéndose de la visual de los críticos, disimulándose cautamente tras una espesa cortina de humo. Apenas alguna que otra salpicadura ha dado de lleno en el blanco del personaje central del patético argumento de la sublevación y represión que jalonó y colofona salvajemente nuestra contienda. Sin embargo, se han escrito extensas y bien meditadas monografías contra los protagonistas de los latifundios y cacicatos, contra la alta y la mediana burguesía, contra nuestra nobleza implume y cacareante, contra los capitalistas e imperialistas extranjeros, contra los cucos y amojamados políticos de vieja escuela y contra la casta de los arrastrables, colonizadores corsos patentados en nuestro país.

La ejecutoria del clero español no ha sido ni lo suficientemente sobada ni puesta en la vitrina pública con la prioridad y relieve merecidos. Dos razones de peso han determinado ese privilegio de intocabilidad. Primero, la mixtura de antifranquismo y proclericalismo del republicanismo andante; segundo, la contrición subconsciente y hasta consciente hacia la labor insecticida llevada a cabo por nuestro pueblo durante la apertura y primeros compases de nuestra sinfonía revolucionaria.

EN la mayoría de los acontecimientos revolucionarios históricos, no se había dado un caso de audaz atrevimiento equiparable al gesto vapuleante del pueblo español contra la cucarachera y chinchera campante por los sucios y malolientes desvanes eclesiásticos y conventuales. La vasta e infecta humanidad de los hábitos y sotanas, estaba acostumbrada al juego de pegar y esconder la mano, a orar y encender la mecha, y a flotar después como un corcho por encima de todas las inundaciones, desde la diluvial torrentada de los bárbaros del norte hasta las encrespadas marejadas del nazifascismo. Los furibundos césares del esplendor y de la decadencia, los germánicos neanderthales invasores de nuestros potrerros, y los mismos demagogos de la revolución francesa, atenuaron sus bríos y pararon su caballería a la vista de esos islotes rematados en su cúspide por la cruz de Cristo. Constantino, Carlomagno y el mismísimo Mussolini acabaron abrevando en la pila del bautismo.

El clero español es un caso único. Empezó éste a montar sus bochinchas y tenderetes en las postrimerías de la era romana, frente a los bien nutridos bazares de judíos y paganos, y acabó por eliminar a su concurrencia mediante coqueteos, genuflexiones y lengüetazos a las botas de los conquistadores armados de pica en blanco.

CUANDO la avalancha árabe cruzó el estrecho para koronizarnos con el álgebra, la astronomía, la brújula, el papel, la literatura, la agricultura, la medicina, la acequia de riego, el baño público, los buhoneros y chamarileros de Cristo quedaron anonadados ante tanta luz y tanta agua. Los árabes olvidaron pronto el korán y hasta el Islam para fundirse con los nativos. Los cristeros continuaron apartados de la fraternal ablución, conservando pies y manos, ingles y sobaqueras barnizadas con conchas de roña. El cristerismo es la religión de la oscuridad y de la roña. Entre los obispos de Cristo y los califas de Mahoma se interpo-

nía una cascada de agua y de luz. Y la conspiración contra estos saludables elementos se tramó en una oscura cueva del norte cantábrico, urdida por los ensotados en contubernio con toda la tiña de los bajos fondos europeos.

La cruzada fué una verdadera crucifixión. Y la depuración por la hoguera y el tormento, una juerga aquelárrica, seguida de la violación de nuestra madre tierra por la lepra vaticanista, sujeta aquélla de piernas y brazos por los lanzones y arcabuceros al servicio de las mitras empolladoras de liendres.

A partir de aquellas fechas, España ha sido una especie de remonta dedicada a la recría de novicias y seminaristas. Y la acción liberadora del pueblo español, cuando le fué permitido diagnosticar y operar, estuvo enfocada hacia esos nidos bacilares de infección, aplicando a los cristeros la ley tailonesa de los combustibles como réplica a los fumiguesos y chamusquinas recibidos durante siglos de manos de la negra legión de los peroboterros.

Los que se preguntan el porqué de esa unción popular por la socarrina de inciensados garitos prostibularios — en días de fiesta ofrecidos de claro en claro — y por el suministro de requiescat-in-paces en nalgas y riñoneras de los trabucaires mitrados, hallarán cumplida explicación a través de tan lustrosos antecedentes. Y los que inquieren el porqué de tanto sadismo y ferocidad falangista, encontrarán el hilo de sus preocupaciones estudiando la historia de nuestra torturada península, víctima secular de los achicharraderos cristeros.

J. PEIRATS

PARA EL EXPEDIENTE QUE APLASTARA A FRANCO ANTE LA HUMANIDAD Y ANTE LA HISTORIA

Carta del general Franco a Hitler :

26 febrero 1941.

Querido Führer:

Su carta del 6 me ha incitado a responderle rápidamente, porque creo necesario aclarar algunos puntos de vista y de aportar confirmación de mi lealtad.

Yo considero, como usted mismo, que el destino histórico le ha unido a mí y al Duce. (1)

Comparto también su opinión según la cual el hecho de que España esté situada a ambos lados del estrecho de Gibraltar provoca la más grande animosidad de parte de Inglaterra que desea mantener en dicho punto su control.

(1) No para morir (N.D.L.R.)

DE LA ESPAÑA QUE RENACE

Campos de Níjar

por Juan GOYTISOLO



ABIA dicho a la patrona que me despertase de alborada con el sano propósito de ver despuntar el sol sobre la sierra, pero las sábanas se me pegaron más de lo debido. Los felices trabajadores a domicilio hemos abandonado la costumbre de madrugar para ganar el pan y el autor de estas líneas se levanta a la hora en que el guadapero lleva el serillo del almuerzo a los segadores.

—Ha perdido usted el autocar —dice la mujer, algo escandalizada—. Salió hace ya mucho rato y hasta mañana no hay ninguno.

El perezoso paga cena y cama bajo su mirada desaprobadora y, una vez en la calle, se mete en la primera barbería. Si tuviera que caracterizar el sur en tres palabras citaría seguramente a las barberías junto a los niños y a las moscas. Todos los pueblos de Murcia y Andalucía rivalizan en número y, a juzgar por mi experiencia, su horario es muy elástico. Una noche, en Guadix, conté dieciséis y entré en la décimoséptima cuando eran las once tocadas. La de Níjar es más mísera aún que las guardijeñas y, mientras el barbero me enjabona la cara me entretengo mirando el mosquero, los frascos vacíos y un ventilador que luce en la rinconera, de adorno.

—¿A cuántos kilómetros queda Lucainena?

—A diez; debe estar...

—¿Y Carboneras?

—Lo menos a veintisiete. Como no tenga usted auto...

Yo digo que voy a pie y el barbero explica que Lucainena, Carboneras y Turrillas son pueblos sin interés y no vale la pena visitarlos.

—Además no encontrará un alma por allí, mejor que dé usted media vuelta y tire hacia el Cabo de Gata.

—Queda lejos también.

—Lejos, sí está. Pero es más curioso que Carboneras y le será fácil parar algún auto.

El barbero se expresa con el acento cantarín que tienen a menudo los hombres de la provincia y, al acabar su trabajo, me pone un poco de talco en la barba.

—¿Cuánto es?

—El señor me debe seis reales.

El sol castiga duro a aquella hora y, como el

domingo no hay camiones, ni carros, sigo los consejos del barbero y echo a andar en dirección a Gata.

El camino es el mismo que tomé al venir, pero en lugar de seguir la calle hasta el surtidor de gasolina y continuar por la carretera comarcal, tuerzo a la izquierda por la antigua entrada del pueblo y serpenteo entre los muros de piedra seca hasta la puerta del camposanto.

A la derecha, las montañas se entrelazan hasta perderse de vista en el horizonte. A la izquierda, son las tierras albaras del llano, cultivadas a trechos y esfumadas por la colina. Por poniente bogan nubecitas vedijosas. Las cigarras zumban en los olivares. Encampanado en el cielo, el sol brilla sobre el campo de Níjar.

La carretera se ciñe a la forma caprichosa de los balates y, al llegar al cruce, repecha la cuesta, deja atrás el poste de gasolina, aterriza en el llano. La pareja de civiles que está de facción en el teso me contempla mientras me alejo del oasis de verdor que varios siglos de trabajo silencioso y anónimo han logrado crear junto al pueblo y me interno en el desierto que lo rodea, por un paisaje rudo, sin hombres, árboles, ni agua.

El camino es recto, parece que no tenga fin. El arbolado ralea poco a poco. Los últimos acebuches son aparrados y canijos y, al desaparecer ellos también, me encuentro solo en medio de un mar de arcilla, sin más brújula que el ennegador reverbero del sol sobre la carretera.

Al cabo de media hora de marcha el calor se hace insoportable. La llanura se cuece entre espirales de calina. Las cigarras zumban amodorradas. El propio viajero —que, desde que vive en el norte se ahila y desmedra como las plantas privadas de luz y es un apasionado del sol— siente el agobio del trayecto y empieza a buscar un trocito de sombra donde tumbarse.

No hay ninguno y continúo todavía un buen rato. A lo lejos se divisa la carrocería brillante de un automóvil, parado al borde de la cuneta. Debe estar a poco menos de un kilómetro y el chófer camina por el alquitranado.

En la tierra parda, los henequenes suceden a las chumberas. Un culebrón asoma su astuta cabeza entre las zarzas y luego se desvanece. A la izquierda hay un cortijo en alberca con la consigna del Instituto, MAS ARBOLES, MAS AGUA, escrita con alquitrán sobre el muro.

El automóvil está ahora a trescientos metros y parece esperarme, apoyado en el guardabarros. Al poco, descubro que no va solo y veo otro, sentado al pie del talud. En el campo de henequenes, un mozo desmocha terrones con la azada. Un tordo alirrojo se posa en las chumberas del camino. Las nubecillas condensadas en la sierra se aborregan. La calma ondea sobre el llano.

El coche es un «Peugeot 403» y lleva matrícula de París. Su conductor —hombre rubio, de una cuarentena de años— va vestido como explorador de película, con pantalones cortos de color caqui y camisa blanca. Sólo le falta el casco.

—Pardon, señor. Est-ce que vous savez «dónde agua» —dice cuando llego junto a él.

—Je ne sais pas; c'est la première fois que je prends cette route.

El hombre amussa la vista con cierta sorpresa. El sudor le chorrea por la cara.

—J'ai oublié de mettre de l'eau dans le réservoir et je suis en panne —añade al cabo de unos instantes—. Il n'y a aucune fontaine aux environs?

Je ne sais pas mais ça me paraît un peu difficile. De l'eau, ici...

—C'est embêtant. Voilà plus d'une heure qu'on attend et encore on n'a pas vu de bagnole.

Por la ventanilla del coche asoma una cabeza de mujer, colérica, con la nariz despellejada.

—Je te l'avais dit quarante fois. Toute cette région là c'est le désert. Maintenant essaie de trouver de l'eau. Cela t'apprendra à m'emmenner dans des pays pauvres.

—Veux-tu la fermer —dice exasperado el hombre.

Junto al talud hay un viejo con una chaqueta raída y, al oírle, el corazón me da un brinco en el pecho. Aunque tiene la cara medio oculta bajo el ala del sombrero, barrunto que es el mismo que, la vispera, me ofreció las tunas en el mercado.

—Explíquele que hay un pozo a dos kilómetros de aquí —dice sin reconocermelo.

—Il dit qu'il y a un puits à deux kilomètres d'ici.

—¿De quel côté?

—¿Hacia qué dirección?

El viejo se incorpora y veo sus ojos azules, cansados. Son los mismos de ayer, pero ahora ya no imploran nada.

—¿Ve usted aquel cerro detrás de las chumberas?

—Sí.

—Al otro lado hay un cortijo donde encontrará agua.

Traduzco las indicaciones del viejo y el turista abre la puerta del coche.

—Il paraît qu'il y a un puits là-bas.

La mujer hace como si no lo oyera y se abanica furiosamente con el periódico.

—Au revoir —nos dice el hombre—. Muchas gracias.

El viejo y yo continuamos por la carretera. El sol aprieta fuerte y mi compañero lleva un cenacho enorme en el brazo.

—Habla usted muy bien el español —dice al cabo de cierto tiempo.

—Soy español.

—¿Usted?

—Sí, señor.

El viejo me mira como si desbarrara.

—No. Usted no es español.

—¿No?

—Usted es francés.

—Hablo francés, pero soy español.

El viejo me observa con incredulidad. Para la gente del sur la cultura es patrimonio exclusivo de los extranjeros. Un francés hablando perfectamente diez idiomas sorprende menos que un español chapurreando un mal gabacho.

—Mire —digo echando mano al bolsillo—. Aquí está el pasaporte. Lea. Nacionalidad: española.

El viejo da una ojeada y me lo devuelve.

—¿Dónde dice que vive usted?

—En París.

—¡Ah!... lo ve... —exclama triunfante. Entonces es usted francés.

—Español.

—Bueno. Español de París.

Su conclusión es irrefutable y renuncio a la idea de discutir. Durante unos minutos caminamos los dos en silencio. La carretera parece alargarse indefinidamente delante de nosotros. El viejo lleva el cenacho cubierto con un trozo de saco y le pregunto si aún le quedan tunas.

—¿Tunas? ¿Por qué?

—Ayer por la tarde ¿no estaba usted en Níjar?

—Sí, señor.

—Es que me pareció verle allí en el mercado.

—¿Y todavía dice usted si me quedan tunas?

El viejo se detiene y me mira casi con rabia.

—Las que usted quiera. Tenga. Se las regalo.

—No le había dicho eso...

—Pues se lo digo yo. Cójalas. Y, si no le gustan, escúpalas. No me ofenderé.

Ha quitado el saco de encima y me enseña el cesto, lleno de chumbos hasta los bordes.

—Quince docenas. Se las doy gratis.

—Se lo agradezco mucho, pero...

—No debe agradecerme nada. Nadie las quiere. Tengo mi mujer en la cama, con fiebre. Necesito ganar dinero y ¿qué hago? Coger varias docenas de tunas e irme al pueblo. ¡Imbécil que soy! La gente prefiere que le pidan limosna en la cara.

El viejo deja caer las palabras lentamente, con voz ronca, y se vuelve hacia mí.

—¿Las sabe usted cortar?

—Sí.

—Entonces, venga. Le daré un tenedor y un cuchillo.

—¿Ahora?

—Sí, ahora. Estarán un poco calientes, pero es igual. Frías, tampoco tientan a nadie.

En la linde de la carretera hay una higuera amarilla y raquítica, pero da alguna sombra. Nos sentamos en el suelo y el viejo me tiende el cuchillo y el tenedor.

—Coma usted las que quiera. Igual tendría que echarlas.

Yo digo que saben distinto que en Cataluña y el viejo calla y se mira las manos.

—Prefiero éstas. Son mucho más sabrosas.

—Lo dice usted para ser amable y se lo agradezco.

—No. Es la pura verdad.

Con el cuchillo corto los extremos de la tuna

y rajo la corteza por en medio. Al levantarme sólo había bebido un mal café y descubro que tengo hambre.

—Cuando era niño, en casa, las tomábamos por docenas.

El viejo me observa mientras como y no dice palabra:

—Mi padre nos prohibía mezclarlas con la uva porque creía que las pepitas malcasaban en el estómago y provocaban un corte de digestión.

El viejo ahora se mira atentamente las manos.

—Tengo dos hijos que viven en Cataluña —dice.

La música monocorde de las cigarras pone sordina a sus palabras. En la llanura el sol trilla como un tumor de fuego.

—Cuando era joven, mi mujer quería que tuviésemos muchos. La pobre pensaba que estaríamos más acompañados al llegar a viejos. Pero ya lo ve usted. Como si no hubiéramos tenido ninguno.

—¿Dónde están?

—Fuera. En Barcelona, en América, en Francia... Ninguno volvió del servicio. Al principio nos escribían, mandaban fotografías, algún dinero. Luego, al casarse, se olvidaron de nosotros.

El viejo sonríe con gesto de fatiga. Sus ojos azules parecen desteñidos.

—El mayor no era como ellos.

—¿No?

—Desde pequeño pensaba en los demás. No en su madre, su padre o sus hermanos, sino en todos los pobres como nosotros. Aquí la gente, nace, vive y muere sin reflexionar. El, no. El tenía una idea de la vida. Su madre y yo lo sabíamos y lo queríamos más que a los otros, ¿comprende?

—Sí.

—Cuando hubo la guerra se alistó en seguida a causa de esta idea. No fué a rastras como muchos, sino por su propia voluntad. Por eso no lo lloremos.

—¿Murió?

—Lo mató un obús en Gandesa.

Hay un momento de silencio, durante el que el viejo me observa sin expresión. El viento levanta remolinos de polvo en el llano.

—En su país debe llover. Siempre he querido ir a un país donde haya lluvia, pero nunca lo he hecho y ahora... Está ya duro el alcacer para zampoñas.

Las palabras salen difícilmente de sus labios y mira absorto a su alrededor.

—Aquí han pasado años y años sin caer una gota, y mi mujer y yo sembrando cebada como estúpidos, esperando algún milagro... Un verano se secó todo y tuvimos que sacrificar las bestias. Un borrico que compré al acabar la guerra se murió también. No se puede usted imaginar lo que fué aquello...

La llanura humea en torno a nosotros. Una banda de cuervos vuela graznando hacia Nijar. El cielo sigue imperturbablemente azul. El canto de las cigarras brota como una sorda protesta del suelo.

—Nosotros sólo vivimos de las tunas. La tierra no da para otra cosa. Cuando pasamos hambre nos llenamos el estómago hasta atracarnos. ¿Cuántas dijo que se comía usted?

—No sé, docenas.

—En casa hemos llegado a tomar centenares. El año pasado, antes de que mi mujer cayera enferma, le dije: «come», haz igual que yo, a ver si reventamos de una vez», pero los pobres tenemos el pellejo muy duro.

El viejo parece verdaderamente desesperado y, como hace además de escapar, me incorporo también.

—¿A cuánto las vende usted?

—No se las he vendido. Se las he regalado.

Torpemente saco un billete de la cartera.

—Es una caridad —dice el viejo enrojeciendo—. Me da usted una limosna.

—Es por las tunas.

—Las tunas no valen nada. Déjeme pedirle como los otros.

Por la carretera pasa una motocicleta armando gran ruido. El viejo alarga la mano y dice:

—Una caridad por amor de Dios.

Cuando reacciono ha cogido el billete y se aleja muy tieso, con el cenacho, sin mirarme.

★

El coche de línea de Carboneras sale de Almería a las cinco y media de la tarde. Don Ambrosio me había dejado en el cruce de Nijar y San José, y durante cerca de una hora permanecí al borde de la cuneta, aguardándolo. La tempestad se condensaba sobre los picos de la sierra de Gata y, paralelamente, sentía dentro de mí una saturación extrema... la conciencia de haber llegado al límite como una cuerda que se rompe por haberla estirado demasiado. Sentado en la linde del camino acechaba las nubes foscas. El cielo era como un océano embravecido y en el campo había uno de esos silencios expectantes que preceden a la explosión de la tormenta. Bandas de pájaros volaban a ras del suelo, el aire estaba embebido de luminosidad. Todo anunciaba la inminencia del estallido y, a medida que el tiempo transcurría, aumentaba también mi necesidad de desfogarme.

Revivía los incidentes de mis tres días de viaje y la idea de lo que no había visto todavía —o me había pasado inadvertido tal vez— me abrumaba. Había comenzado a bajar alegremente la pendiente y descubría de pronto que no tenía fin. Don Ambrosio, el viejo de las tunas, Sanlúcar, Argimiro, la lista podía alargarse aún. En cada pueblo encontraba gentes parecidas. Unos me hablarían alzando la voz y otros bajándola. Y el escenario siempre sería el mismo... y mi cólera y su desesperanza.

Cuando el autobús apareció en el horizonte, empezaba a llover. Me incorporé de la cuneta agitando los brazos y el chófer frenó y abrió la puerterilla.

—A Carboneras.

—Sí, señor.

—Suba.

Me acomodé en uno de los asientos de atrás y el coche arrancó de nuevo. Los viajeros me observaban con curiosidad. Eran diez o doce, y sus rostros me resultaban vagamente familiares, como

visto ya en otros autobuses de la provincia, camino de otros pueblos.

—Se ha salvado usted de milagro.

—¿Decía?

—¿No ve usted cómo llueve?

El turbión se desencadenaba con furia y lo contemplé a través de los vidrios salpicados de barro. El cielo era de color jalde, los pájaros habían desaparecido y el agua convertía la llanura en una inmensa charca crepitante.

—Fíjese de qué color viene la lluvia...

—Al que le pille fuera lo pone perdido.

—Es el polvo que hay. ¿Se da usted cuenta?

Yo continuaba con la nariz pegada a los cristales... tenía llorar también y que mis lágrimas resbalaran por la mejilla, sucias y polvorientas. El coche se detuvo a la entrada de Níjar. Dos días antes había recorrido el camino a pie con José y sus camaradas y me parecía que desde entonces habían transcurrido dos siglos. Miraba al puesto de los civiles, el surtidor de gasolina, las mieses acamadas por la tormenta, y tenía la impresión de haber soñado.

—¿Ve usted esta hoyita? —señaló mi vecino—. Hace unos años el coche volcó allí al dar la vuelta y hubo un montón de muertos. Dicen que el conductor iba bebido.

El autobús avanzaba prudentemente y el paisaje se deslizaba triste y livido, iluminado a trechos por el resplandor de los relámpagos. Entre Níjar y Carboneras hay varios kilómetros de tierras rojas, de las que se extrae la granatilla. Lavado y cribado, el mineral pasa a unos depósitos que de lejos recuerdan, a causa del color, esos campos de Murcia y Levante donde en verano ponen a secar los pimientos. El chófer había frenado para recoger al capataz de la mina y el viaje prosiguió, más irreal que nunca, a través de montañas lunares y grises, parameras y canchales.

—¡Los Arejos!

No se apeó nadie. El autobús parecía el Buque Fantasma; un Buque Fantasma que flotaba entre los picos de la sierra, prisionero del barro y de las nubes. La radio estaba encendida a toda potencia y emitía una extraña baráunda de sonidos que cubrían —hasta ahogarla— una aria de ópera italiana. Transcurrieron varios minutos.

—Bueno. Ya llegamos.

En Almería, cuando se menciona Carboneras, la gente toca madera y se santigua. Supersticiosa-mente muchos evitan pronunciar el nombre y hablan del pueblo en perifrasis: «Este puerto que queda entre Garrucha y Aguas Amargas». «Este sitio que no se puede decir» y otras frases por el estilo.

Como para mantener lo bien fundado de la leyenda, la estampa que ofrecía después del turbión se ajustaba exactamente a la que la imaginación popular le atribuía. La mayoría de las casas estaban cerradas, los habitantes se escurrían por las calles como sombras y el mar embestia contra la playa, negro y enfurecido.

El autobús bordeó el cementerio y el monumento a los Caidos por Dios y por España. Una pareja de civiles rondaban con el mosquetón en bandolera.

Vi a una mujer con bocio con un chiquillo panzudo y a un muchacho espigado que daba la mano a un ciego. Había cesado de llover y algunos viejos se asomaban a mirar a las puertas de las casucas.

El chófer se detuvo en la plaza, frente al Dispensario Antitracomatoso. Contorneando los muros del Castillo me acerqué a ver el mar. La playa estaba desierta y el viento azotaba el casco varado de las traíñas. La costa se alejaba en escorzo hacia los acantilados de Playa de los Muertos y Punta de Media Naranja. En dirección a Garrucha los farallones emergían festoneados de espuma. El pueblo parecía replegado sobre sí mismo, como un caracol dentro de su concha y, al volver a la plaza, busqué una taberna y pedí un litro de vino.

—¿Jumilla?

—Sí, Jumilla.

En el lugar había sólo dos hombres de mediana edad, pequeños y como arrugados y al oírme hablar con el patrón se habían acercado a mi mesa y se presentaron en seguida. El uno era aguador y el otro aperaba carros, y querían saber a dónde iba y si tenía familia por allí y cuanto tiempo pensaba quedarme.

—El país es pobre, pero hermoso —decía el aperador.

—En España no hay el adelanto de otras naciones, pero se vive mejor que en ningún sitio —decía el azacán.

—Los extranjeros, en cuanto pueden, se vienen p aquí.

—En Andalucía, con el sol y un poquito de na, se las arregla usted y va tirando...

Hablaban monótonamente, como si salmodiaran una letanía y yo tenía que hacer un esfuerzo para escuchar. Quería decirles que, si éramos pobres, lo mejor que podíamos desear era ser también feos; que la belleza nos servía de excusa para cruzarnos de brazos y que para salir de nosotros mismos debíamos resistir la tentación de sentirnos tarjeta de postal o pieza de museo.

—Por esto me gusta Almería. Porque no tiene Giralda ni Alhambra. Porque no intenta cubrirse con ropajes ni adornos. Porque es una tierra desnuda, verdadera...

Pero ellos seguían hablando de cante y toros, de sol y ganancias, y agarré la botella de Jumilla. La tempestad había desfogado su cólera y yo seguía a cuestas con la mía, y el corazón me latía con fuerza y la sed me quemaba la garganta. Bebí un vaso y otro y otro y el dueño de la taberna me miraba, y, al acercarse a servirme otra botella, me enjugué la cara y le dije:

—Es una gota de lluvia.

Toda la tarde estuve vagando por el pueblo sin saber a dónde me llevaban los pasos. El cielo era de color gris, las calles parecían vacías y recuerdo que permanecí varias horas, sin moverme, acostado en la playa.

Unos niños rondaban alrededor mío a respetuosa distancia y, al levantarme, oí decir a uno:

—Parece que se le ha muerto alguno. Mi madre lo ha visto llorando.

existencia nominal, y a lo sumo procura encauzar, orientar o legalizar las realizaciones revolucionarias, espontáneamente conquistadas por el proletariado armado.

En algún sentido la situación recuerda el período de marzo a octubre de 1917, durante la Revolución Rusa con la dualidad de poderes entre la Duma y el Soviet. La inevitable competencia de poder por los diferentes sectores sociales que representaban ambos centros españoles, y muy especialmente las necesidades de la defensa frente a la ofensiva militar, obligó a una pronta definición.

La CNT, en un pleno realizado en Madrid en septiembre de 1936, propuso una salida revolucionaria por la Constitución de un Consejo Nacional de Defensa, presidido por el líder ugetista Francisco Largo Caballero con representación equivalente de las dos grandes centrales sindicales. Esta salida «sovietizante» del problema político del poder fracasó por no poder contar con el apoyo de los partidos socialista y comunista, en cambio se creó un nuevo gabinete — siempre dentro del aparato constitucional republicano — con la intervención de ministros representantes de la CNT-FAI.

Era la primera vez en la historia que participaban en un gobierno representantes de una organización sindical, y de una federación anarquista.

La dualidad de poderes desaparece y se desmontan los organismos populares de poder, como el Comité Central de Milicias de Cataluña. El gobierno legal absorbe en su mayor parte el poder revolucionario, que sin embargo, se sigue manifestando a través de los comités locales, las columnas militares, la posesión de armas por los sindicatos, las colectividades organizadas autónomamente, etc.

Hasta mayo de 1937, sin embargo, la causa popular española contaba con un pilar fundamental: la Alianza proletaria a través de las fraternales relaciones de la CNT-FAI con la UGT y el Partido Socialista Obrero Español, que orientaban figuras como Francisco Largo Caballero, Luis Araquistáin, Rodolfo Llopi y otros, así como el POUM, también marxista. Las tentativas tendientes de la fusión de ambas sindicales en un pacto de íntima alianza, y la existencia de un planteo revolucionario común entre los clásicos polos ideológicos españoles era un hecho que aseguraba el triunfo de la revolución social.

Se había pasado de la divisa «La revolución primero», a «Primero la guerra y después la revolución», pero defendiendo y consolidando las conquistas realizadas por las masas en los primeros meses de lucha.

Vista con cierta perspectiva histórica esa posición que

por su parte política ataca al gobierno. En casi todos los Estados reina el descontento, el que emana de la perdurabilidad de algunos gobernantes de los Estados y del grupo que rodea a cada uno de ellos, lo que abate las aspiraciones legítimas de los demás ciudadanos que se creen con derecho a tomar participación directa en la gestión de la cosa pública, y los que no tienen tales aspiraciones, al menos desean el cambio creyendo que lo que venga después será mejor que lo que tienen».

Bastarían estas dos transcripciones, para probar hasta qué punto estamos ante una verdadera Revolución, y a medida que se incrementa resultará que tiene un valor y dimensión de una Revolución mundial. Hay una curiosa carta que dirige Emiliano Zapata a uno de sus generales en 1918, cuando ya han llegado a México y al lejano Morelos, las noticias de la Revolución Rusa de 1917, en que Zapata hace el paralelo de la Revolución Rusa y la Revolución Mexicana, diciendo que «mucho ganaríamos, y mucho ganaría la humana justicia si todos los pueblos de nuestra América y de todas las naciones de la vieja Europa comprendiesen que la causa del México Revolucionario, y la causa de Rusia la irredenta son y representan la causa de la humanidad, el interés supremo de todos los oprimidos. Mister Wilson, presidente de los Estados Unidos, ha tenido razón al rendir homenaje en ocasión reciente a la Revolución Rusa calificándola de noble esfuerzo por la consecución de libertades». Y sólo sería de desearse que este propósito recordase y tuviese muy en cuenta la visible analogía, el marcado paralelismo, la absoluta paridad, mejor dicho, que existen entre este movimiento y la Revolución Agraria de México. Uno y otro, van dirigidos a lo que León Tolstoi llamara «el gran crimen», la infame usurpación de la tierra que siendo propiedad de todos, como el agua y como el aire, ha sido monopolizada por unos cuantos poderosos apoyados por la fuerza de los ejércitos, y por la iniquidad de las leyes. No es de extrañar por lo mismo que, el proletariado mundial aplauda y admire a la Revolución Rusa, del mismo modo que otorgará toda su adhesión y su simpatía y su apoyo a esta Revolución Mexicana al darse cabal cuenta de sus fidelidades del proletariado, la emancipación del obrero no puede lograrse si no se realiza a la vez la liberación del campesino. De no ser así la burguesía podrá poner estas dos fuerzas, la una frente a la otra y aprovecharse de la ignorancia de los campesinos para combatir y refrenar los impulsos de los trabajadores urbanos del mismo modo justos, que si en el caso se ofrece podrá utilizar a los obreros poco conscientes y lanzarlos contra sus hermanos del campo».

El desarrollo de la Revolución es relativamente completo y su complejidad reside, en primer lugar, en que la mayor parte de esos esfuerzos de carácter revolucionario, no estuvieron coordinados entre sí. El Partido de la Revolución — digamos así — nunca presentó un frente unido, y por lo contrario, lo que se apreciaba son tendencias, movimientos aislados, no siempre coincidentes, y en ocasiones contradictorios.

El «magonismo» a partir de 1911 tiene una relativa importancia. Ha servido como levadura o fermento a la Revolución, y ha dotado de un pensamiento orientador a muchos de los que serán dirigentes revolucionarios. Así, por ejemplo, el vicepresidente del Partido Liberal, el licenciado Soto y Gama, tendrá la idea extraordinaria de dirigirse a Morelos en sus primeros momentos, y se convertirá en el inspirador del programa social del «zapatismo». Por otra parte, ideas del «magonismo» se encuentran en muchos grandes líderes populares posteriores como Pancho Villa, Venustiano Carranza, Alvaro Obregón, Plutarco Elías Calles, etc.

El movimiento «zapatista» aliado con el «villismo», movimiento de Francisco Villa que representaba a los rancheros del norte, a la gente que tiene pequeñas explotaciones ganaderas, y pequeños cultivadores de los Estados de Sonora, Chihuahua, California, etc., van a hacer una conjunción que resultará decisiva: la Convención Revolucionaria. Esta Convención está en auge hacia 1915, y convierte en ley nacional los principios agrarios del «zapatismo». De acuerdo a esta disposición se restituyen a las comunidades e individuos los terrenos, montes y aguas de que fueron despojados, bastando que aquellos posean los títulos legales con fecha anterior al año 1856 para que entren inmediatamente en posesión de sus propiedades.

«La nación reconoce el derecho tradicional histórico que tienen los pueblos, rancheríos, y comunidades de la República a poseer y administrar sus terrenos de común repartimiento y sus ejidos, en la forma que juzguen conveniente. La nación reconoce el derecho indiscutible que asiste a todo mexicano para poseer y cultivar una extensión de terreno, cuyos productos le permitan cubrir sus necesidades y las de su familia, en consecuencia, y para el efecto de crear la pequeña propiedad serán expropiadas por causa de utilidad pública y mediante la correspondiente indemnización todas las tierras del país, con la sola excepción de terrenos pertenecientes a los pueblos, rancheríos y comunidades, y de aquellos predios que por no exceder del máximo que fija esta ley deben permanecer en poder de sus actuales propietarios. Los propietarios que no sean enemigos,

Especialmente se recogió de la tradición popular agraria española, la forma de **colectividades**, aunque su interpretación varió en cada una de las regiones. En Cataluña, Aragón y Levante predominó un sistema que tendió a la abolición de la propiedad privada, e incluso en muchos casos de la moneda como forma de distribución económica.

En las ciudades las transformaciones revolucionarias importantes directamente por el proletariado en armas, fueron igualmente importantes. En casi todos los pueblos catalanes se municipalizó la vivienda. Empresas de importancia como el transporte ferroviario, el transporte marítimo, el transporte urbano de la capital catalana, y los grandes servicios de comunicación, energía, servicios sanitarios, etcétera, pasaron a ser administrados por los sindicatos obreros. En el terreno fabril, y esto fué retrendado en octubre de 1936 por la Generalidad de Cataluña, todas las empresas de más de 100 obreros, e incluso las menores de propiedad de fascistas, fueron colectivizadas y puestas en manos de los comités de obreros de fábrica y de los sindicatos.

En pocas semanas un amplísimo sector de la economía española pasó a manos de los productores, lográndose un alza en la productividad, especialmente en la agrícola.

Esta transformación que se cumple simultáneamente con la lucha militar antifascista, se vive en un clima típicamente revolucionario, y es respaldada por la transferencia del poder a manos de los trabajadores.

La situación del gobierno republicano en julio de 1936 era singular. Por una parte había perdido las fuerzas represivas a su servicio, por haberse éstas sublevado al servicio del fascismo internacional. Por otra parte su defensa y supervivencia dependía de las milicias de los sindicatos y partidos y grupos políticos de la extrema izquierda, que sin embargo, no participaban efectivamente del gobierno legal.

Durante varios meses hay en España al margen del gobierno legal surgido de las elecciones de febrero de 1936, un segundo poder revolucionario más extremista, y que detenta las armas y los hombres que habían derrotado la intención militar. Los «comités locales», «las patrullas de control» popular de vecinos o de sindicatos, ejercen las tareas policiales, vigilancia de fronteras, administración de justicia, etc. En improvisados frentes de guerra a cargo de Comités de Milicias, Comités de Salvación Pública, o juntas de Guerra, se lucha en Aragón, Baleares, Málaga o el norte, frente a los efectivos de las fuerzas regulares sublevadas.

El gobierno legal, durante los primeros meses tiene una

pitó un «pronunciamiento» de las guarniciones militares, apoyadas por el alto clero, el carlismo, falangismo y otros sectores minúsculos. Pero el 18 de julio de 1936 inició al mismo tiempo que una muy cruenta guerra civil, una existencia social totalmente original en la historia de los movimientos sociales.

El «pronunciamiento» de las guarniciones militares españolas triunfó en Marruecos, y en ciudades como Valladolid y Sevilla, pero fue ahogado en Madrid, Barcelona, Bilbao, Valencia, etc., por las milicias de los sindicatos y partidos políticos. Este episodio es uno de los más gloriosos de la historia social, pues los militantes obreros derrotaron a las fuerzas regulares, con armas improvisadas y prácticamente sin dirección técnica. Pero el golpe de fuerza estaba combinado con las potencias fascistas europeas e inmediatamente Alemania e Italia enviaron aviones, armas, técnicos, y finalmente contingentes numerosos y adiestrados de sus fuerzas regulares. La prensa fascista italiana pudo celebrar como triunfos propios la conquista de Málaga y Bilbao, y debió más tarde admitir su derrota en el cerco de Madrid, y especialmente en la batalla de Guadalajara.

Estas circunstancias explican la «guerra civil española», un conflicto sangriento, (solamente en muertos un millón de personas), y que durante casi tres años enfrentara a los oficiales del Ejército sublevado, apoyados por el Alto Clero y los latifundistas, pero sostenidos por tropas marroquíes, italianas y alemanas, frente al gobierno de Frente Popular respaldado fervorosamente por el pueblo en armas. Esta heroica lucha concitó la admiración de todos los hombres libres del mundo, e incluso muchos participantes de la lucha junto a los españoles; pero más importantes que los hechos militares fueron las transformaciones que vivió en esos escasos tres años la España leal.

En primer lugar se cumplió la primera reforma agraria que conocía España desde la época de la Reconquista contra los musulmanes, pues a partir de julio de 1936 se expropiaron unas 4.500.000 hectáreas en cifras redondas, lo que contrasta con las escasas 800.000 hectáreas a disposición de los trabajadores en los cinco años precedentes. Pero lo original es que ahora se trata de ocupaciones directas que hacen los vecindarios de las grandes propiedades latifundistas, de las pertenecientes a los sublevados o simplemente de las abandonadas improductivas. Lo más interesante es que mientras en el período anterior se procuraba formar pequeños propietarios dotando a jornaleros sin tierras, ahora son los sindicatos de labradores o municipios los que manejan y explotan económicamente las tierras en forma colectiva.

gos de la Revolución conservarán sus terrenos no expropiables, porciones que no excedan a la superficie que como máximo fija». El art. 6 indica: «Se declaran de propiedad nacional los predios rústicos de los enemigos de la Revolución». Art. 11: «Los actuales aparceros, o arrendatarios de pequeños predios se les adjudicarán éstos en propiedad con absoluta preferencia que cualquier otro solicitante, siempre que estas propiedades no excedan de la extensión que cada lote debe tener conforme a lo dispuesto por el artículo anterior».

Estas disposiciones coinciden con una disposición legal del gobierno de Venustiano Carranza, y la llamada «ley de restituciones y dotaciones» del 6 de enero de 1915 para restituir a los campesinos pobres y a los pueblos los terrenos que les fueron quitados en forma dolosa. Segundo: «Dotar de tierras propias a todos los peones, medianeros o desposeídos de la propiedad agrícola». Tercero: «Dotar a todos los pueblos, rancheríos, agrupaciones, congregaciones, de terrenos propios de común repartimiento, y ejidos». Esto significa toda una trasmutación de la propiedad agraria y coloca en situación de propietarios a millones de familias.

De estas disposiciones, muchas pudieron llevarse a la práctica. No sólo porque fueron consagradas más tarde por la Constitución de México de Querétaro de 1917, que ha sido llamada — con razones bastante atendibles — la primera «Constitución de Weimar, y de las Constituciones. porque antes de la Constitución de Weimar, y de las Constituciones rusas, incluye entre los derechos individuales, el derecho al trabajo, la reglamentación de la jornada obrera y el derecho a la tierra.

Tuvo aplicación, especialmente, porque se realizó prácticamente. Una vez que los campesinos «zapatistas» se apoderaron de las tierras no hubo manera de quitárselas, y lo mismo los campesinos que actuaban en la llamada «División del Norte» de Villa. Más tarde los gobiernos siguientes y muy especialmente el de Lázaro Cárdenas, ya en la década del 30, van a realizar extensísimas distribuciones de terrenos.

Como en esta Revolución no existe una dirección única, ni los elementos progresistas y revolucionarios integran la misma corriente, se explica el saldo o el balance que deja. Por ejemplo, uno de los episodios más interesantes de la Revolución es la presencia de los llamados «batallones rojos». En la ciudad de México, en la capital, se había fundado en 1912, un organismo llamado la «Casa del Obrero Mundial», especie de central obrera, creada por elementos anarco-sindicalistas, en su mayoría de origen español, con una mentalidad avanzada, pero posiblemente malos cono-

cedores, del país. Consiguen no solamente organizar en sindicatos a los gremios más representativos de la capital, o de las ciudades importantes, sino además federarlos nacionalmente en esta «Casa del Obrero Mundial». Cuando el gobierno representado por el general Venustiano Carranza se ve amenazado por el avance de Francisco Villa y la División del Norte y por otra parte por el campesinado del Sur «Zapatista» se hace un acuerdo entre el gobierno y la «Casa del Obrero Mundial» que constituye el primer documento en que una federación obrera de América Latina, trata en pie de igualdad con un gobierno, a los efectos de constituir una fuerza militar propia.

El acuerdo, especie de tratado, dice en su Art. 1: «El Gobierno Constitucional reitera su resolución expresada por decreto de fecha (tal) de mejorar por medio de leyes apropiadas la condición de los trabajadores expidiendo durante la lucha todas las leyes que sean necesarias para cumplir esa resolución».

Art. 2: «Los obreros de la Casa del Obrero Mundial, con el fin de acelerar el triunfo de la Revolución Constitucional e intensificar sus ideales en lo que afecta a las Reformas sociales evitando en lo posible derramamiento innecesario de sangre, hacen constar la resolución que han tomado de colaborar de una manera efectiva y práctica, por el triunfo de la Revolución, tomando las armas ya para guarnecer las poblaciones que están en poder del Gobierno Constitucional, ya para combatir a la reacción».

Entonces se forman los «batallones rojos», por ejemplo los sastres, los carpinteros, etc., y con esta fuerza militar será derrotado el ejército de Francisco Villa, y el «zapatismo», y se impondrá el gobierno de Carranza. Este ejemplo con el art. 1 y expide una serie de disposiciones, como la Ley de Dotaciones y Resituciones, y la propia Constitución del 17 en que hay manifestaciones de legislación social bastante avanzadas. Queda siempre la idea de que hubiera sido interesante que los «batallones rojos» se hubieran puesto en contacto directo con los campesinos revolucionarios, y hubieran hecho un frente común obrero y campesino.

Este equívoco choque entre obreros y campesinos revolucionarios, buscando unos sus tierras y otros leyes sociales, sirvieron, en definitiva, para detener la Revolución e impedir que su saldo definitivo no fuera más grande como correspondiera al esfuerzo desarrollado por sus clases proletarias.

Zapata fué muerto traidoramente pocos años más tarde, y el «Zapatismo», bajo la dirección de Soto y Gama, del general Giraldo Magaña, y de otros líderes, pasó a acompañar al gobierno nacional mexicano. Francisco Villa de-

bierno de Luis Companys da un golpe de Estado, pero, privado del concurso de los sindicatos cenetistas es inmediatamente reprimido por la guarnición de Barcelona. En cambio, en Asturias, donde la UGT y la CNT, con el concurso de los partidos populares, han hecho una alianza, se produce el episodio llamado muy justamente de la «Comuna española». Como en París, en 1871, los obreros asturianos se hacen dueños del control político y económico de la región, derrotan a las fuerzas militares acantonadas en Oviedo, Gijón, y otras ciudades, haciendo derroche de heroísmo, y proceden a la instalación de organismos revolucionarios de administración económica. La alianza revolucionaria asturiana durante trece días, a través de sus comités locales, instala por primera vez en España un poder obrero revolucionario e impide por dos años el triunfo fascista en todo el país.

Cuando en 1936 se procede a nuevas elecciones, el recuerdo de los sucesos de octubre de 1934 y del bienio negro (1934-1936) será decisivo para volcar en las urnas a la masa obrera, que dará el triunfo a los partidos del Frente Popular representativos de la izquierda. La verdad es que a partir de los hechos de Asturias los sindicatos, ahora reorganizados pasan al primer plano de la vida política mostrando la madurez de la clase obrera y su decisión de actuar progonicamente.

Su divisa podría ser la de los internacionalistas del siglo XIX: «La liberación de los trabajadores debe ser obra de los trabajadores mismos». Ya no se espera que leyes generosas provean a sus necesidades como en los años 1931-1933, sino que actúan en forma directa y revolucionaria. Ahora el nuevo gobierno republicano, cuyo sostén parlamentario principal está constituido por el Partido Socialista Obrero Español, actúa rectificando o regularizando la acción reivindicativa popular. En los meses de febrero a julio de 1936, aparte de desmontar la maquinaria progresista represiva del bienio anterior, se procede a una activa reforma agraria que distribuye 712.000 hectáreas a campesinos desheredados, como los yunteros de Extremadura. El nivel de salarios reales se eleva rápidamente, y los sindicatos negocian con éxito mejores condiciones laborales.

La extrema derecha, por su parte, no renuncia a sus posiciones, y libra verdaderas batallas callejeras con sus pistoleros a sueldo de la Falange Española, que al estilo del Fascio italiano, había organizado un hijo del general Primo de Rivera, el dictador de la década anterior.

Pero los sindicatos y grupos políticos populares resistieron esa agresión, y entonces la extrema-derecha pre-

La ley de Reforma Agraria se adopta recién en septiembre de 1932, y hasta 1934 da como resultado el reparto de solamente unas 150.000 hectáreas (es decir, la superficie de un par de latifundios de gente de nobleza, como hemos visto), donde se asientan unas escasas 10.000 familias.

En el terreno sindical el gobierno se empeña en controlar, reglamentar, orientar a las fuerzas sindicales, retaceando su derecho a la huelga y sus aspiraciones a mejorar sus salarios y controlar el mercado laboral.

Como consecuencia de todo esto, la República se verá atacada por la derecha y abandonada por las fuerzas populares de la extrema izquierda. Primero, la Confederación Nacional del Trabajo, y después la Unión General de Trabajadores, pasarán a la oposición, e incluso a la organización de movimientos revolucionarios tendientes al triunfo de una «segunda revolución», una etapa social que supere y trascienda las insuficientes reformas de 1931-1934.

El movimiento obrero se radicaliza y la CNT es orientada por militantes de la Federación Anarquista Ibérica, mientras crece la importancia del comunismo, el trotskismo y la izquierda socialista.

Cuando en noviembre de 1933 se realizan las elecciones de diputados a Cortes, la izquierda pasa de sus 291 bancos a solamente 98, mientras que la derecha asciende de 42 solamente que tuvo entre 1931 a 1933, a 212.

La verdad es que tampoco la derecha aumentó mayormente su caudal por cuanto sus 3.385.000 votos, (en los que se incluían cientos de miles de campesinos analfabetos, peones o medianeros de los latifundistas), eran inferiores a los 4.062.000 votos de la izquierda y el centro, a las cuales debían sumarse unos dos millones de abstencionistas.

Se ha dicho que mientras que en su primera etapa la República procura contemporizar con las fuerzas feudales, en los años 1934-1936 busca incorporárselas: De nuevo la Iglesia, el Ejército y los latifundistas dominan el gobierno, se procede a la anulación de las timidas medidas del Gobierno anterior, se amnistia a los militares sublevados, se vuelven a pagar sueldos al clero, y se retacea la autonomía regional.

Desplazadas del poder las fuerzas políticas que habían implantado la República, se plantea la posibilidad de que la extrema derecha instale un gobierno dictatorial fascista.

Es en defensa de las libertades públicas, nacionales y regionales, que se produce el episodio de octubre de 1934, especialmente importante en Barcelona y Asturias. El go-

rrutado por el gobierno, tuvo un sonado incidente con el gobierno norteamericano, en que atacó una población de la frontera. El presidente Wilson envió una fuerza punitiva al mando del general Pershing, después jefe del ejército norteamericano en Francia, que invadió México. Villa se convirtió entonces en un personaje legendario, casi como Zapata, y representó de alguna manera la resistencia nacional mexicana contra el extranjero. Finalmente fué asesinado, y desaparecidos Villa y Zapata, unidos buena parte de sus partidarios a las fuerzas oficiales, la Revolución tomó un sesgo que podíamos llamar «terridoriano», quedando un saldo positivo: las reformas sociales, el reparto de tierras y el espíritu revolucionario del país.

Los mexicanos sostienen, todavía hoy, que la Revolución no está terminada, y todavía está en marcha. Para corroborar su aserto se refieren al hecho de que, en fechas tan alejadas de la década de los años 10, en que se inicia la Revolución, sin embargo, hay movimientos que mantienen la tendencia revolucionaria, como por ejemplo, el gobierno de Lázaro Cárdenas de 1934 en adelante. En él se activa la distribución de las tierras, especialmente de riego, y en marzo 18 de 1938 se decreta la expropiación de las compañías petroleras, nacionalizándose una de las riquezas más importantes del país, medida que para México tiene la importancia que para Uruguay tuvo la expropiación, a principio de siglo de las empresas de servicios públicos. La medida fué resistida, no solamente por los intereses de los grandes truts del petróleo del mundo entero, sino, incluso, por algunos de los gobiernos afectados por la medida.

Resumiendo, se trata del movimiento social más intenso que se ha producido en América Latina. En la misma escala nacional, en un país importante, con resonancias que si no son estrictas desde el punto de vista de la dinámica revolucionaria no pueden desconocerse, como por ejemplo, la multiplicación de la población, elevación del estándar de vida, aumento de la cantidad de propietarios, disminución de la intervención extranjera, nacionalización de gran número de empresas, y el tono más nacionalista que culturalmente toma el país.

Recientemente el distinguido sociólogo mexicano Lucio Mendieta y Nuñez, haciendo «un balance objetivo de la Revolución Mexicana», distinguía entre los postulados revolucionarios en el campo político y los económico-sociales.

En los primeros señala el «sufragio efectivo» donde se ha llegado al 54,33 por 100 de votantes, pero a través de una maquinaria política oficialista. En cambio parece clara la obtención del principio de «No reelección» presidencial.

En los postulados económicos sociales, a su vez, señala: las garantías al trabajo y la Reforma Agraria.

Las primeras consagradas por la Constitución de 1917, viven en la medida que las respalda la organización sindical.

En cuanto a la Reforma Agraria, a la que ya nos hemos referido, se enfrenta con lo que otro ilustre mexicano el doctor Silva Herzog ha denominado la «contra-reforma agraria», o sea el intento de anular o desvirtuar las disposiciones revolucionarias.

Termina Mendieta aseverando: «Una cosa si nos parece cierta, y es que la revolución ha sido un estímulo, una especie de reactivo que despertó las energías del pueblo mexicano, salvándolo del marasmo en que vivía y que cualesquiera que sean las fallas de ese gran movimiento, a pesar de las falsificaciones y de las traiciones de que ha sido objeto, estableció en la vida nacional un clima de superación y una orientación que parece definitiva, hacia la justicia social». Esta es también la observación de quien conoce México.

la euforia de los intelectuales, están en el clima de las grandes transformaciones progresivas del resto de Europa. El país entero vive a partir de abril de 1931, y prácticamente hasta 1939, el clima de las grandes revoluciones políticas sociales del mundo occidental.

Las grandes etapas de la revolución española son de 1931 a 1934, en que se ensayó un régimen político neo-liberal, al que sigue la reacción conservadora de 1934-1936, y que finalmente la revolución social española de 1936-1939 que se desarrolla en la zona llamada republicana simultáneamente con la guerra civil contra el Ejército, la Iglesia y la intervención fascista extranjera.

En el primer periodo, y como sucede en todas las revoluciones históricas, predominan las tendencias políticas de la burguesía y de las clases medias progresistas. Su programa es liquidar la monarquía, reducir la importancia del Ejército y separar la Iglesia del Estado. En la legislación de las Cortes Constituyentes, integradas en buena parte por los intelectuales más importantes con que entonces contaba España, aprueban la Constitución de la República de 1931, en la cual, a pesar de la solemne declaración de que «España es una República de Trabajadores», se consagra un régimen constitucional neo-liberal semejante al que anteriormente tuvieron la República de Weimar, México, Uruguay, etcétera.

La aspiración de la autonomía de Cataluña fue atendida, pero se postergó la solución al problema de Vasconia y Galicia.

Durante el Ministerio de la Guerra de don Manuel Azaña se redujeron los exagerados efectivos del Ejército. En el terreno educacional se promovió una expansión muy significativa del sistema escolar y se redujo la importancia política y económica de la Iglesia católica española.

Estas realizaciones, que eran necesarias para asegurar el desarrollo del país, conlugaron la oposición cada día más encarnizada de los sectores ultraderechistas del clero y las fuerzas militares. En 1932, el general Sanjurjo inicia la serie de los golpes armados contra la República que terminarán por hundirla en 1939.

Pero los republicanos de los años 1931-1934 no consiguieron atraerse firmemente las masas españolas que debían ser sus naturales sostenes contra la extrema derecha reaccionaria y golpista. En primer lugar porque no tuvieron en cuenta que sin una reforma agraria y sin asegurar a España las condiciones elementales de vida de un país civilizado no había posibilidades de una efectiva democracia política.

La socialdemocracia se organiza con la fundación del Partido Socialista Obrero Español en el año 1879, y la creación de la Unión General de Trabajadores (UGT), que alcanzará una sólida base obrera en regiones como Asturias y ciudades como Bilbao y Madrid.

El anarquismo alcanzará una difusión mayor, y terminará por identificarse —como incluso señalan sus adversarios— con la idea de la revolución hispanica. Un poco en todas partes, pero especialmente en Cataluña y Andalucía, arraiga profundamente apoyado en la misma psicología colectiva de España, su individualismo, sus tradicionales rebeldías y la situación política del país que no canalizaba de una manera pacífica el ascenso popular.

En la primera post-guerra el movimiento proletario revolucionario y la opinión pública de las clases medias progresistas son tan vigorosos que las clases privilegiadas recurren preventivamente a la dictadura. Entre los años 1923 y 1930 se instala un gobierno militar presidido por el Gral. Miguel Primo de Rivera que suprime las escasas libertades públicas existentes, procura dividir y reducir el movimiento obrero, deporta a los intelectuales, refuerza la importancia del ejército africano y del clero. Pero la Dictadura no solucionó ninguno de los grandes problemas de España, y terminó por ser impopular incluso para algunos sectores de las fuerzas sociales que representaba.

Finalmente el 14 de abril de 1931 se declaró la Segunda República Española, gracias a la concurrencia de aquellas fuerzas revolucionarias que venían luchando por la renovación del país.

La revolución estaba hecha en los espíritus, gracias al aporte de los intelectuales progresistas y se había producido un ascenso de masas populares sin precedentes en la historia de España. Los sindicatos obreros con su conciencia de clase, y las masas campesinas empobrecidas, se unían a la clase media de los empleados y técnicos industriales e intelectuales, en reclamar mejoras inmediatas que se asociaban al régimen republicano.

En los hechos la vieja estructura política con la monarquía, sus partidos dinásticos tradicionales, la Iglesia como rectora de la vida espiritual, y el Ejército impidiendo las libertades públicas se había arruinado. Por vez primera en la historia de España la opinión pública es decisiva. Las nacionalidades periféricas (catalanes, vascos y gallegos), encuentran en la República su expresión de autonomía, y participan activamente en su triunfo.

El entusiasmo de las masas, la confianza de las nuevas generaciones en una renovación de las estructuras sociales,

CAPITULO V

LA REVOLUCION SOCIAL ESPANOLA (*)

Por 1930 España tenía los rasgos de los países atrasados o sub-desarrollados. A pesar de la potencia creadora de su pueblo y de sus grandes riquezas naturales, el país vivía al margen de los acontecimientos históricos, en condiciones inferiores incluso a nuevos países que había creado su esfuerzo en América Latina.

En efecto, el 52 % de la población vivía dedicada a la agricultura, los recursos minerales eran explotados por empresas extranjeras y la industria solamente había arraigado en algunas ciudades de las regiones catalana y vasca. La mitad de la población del país era analfabeta, las famosas universidades que databan de la Edad Media contenían alumnado minúsculo, los servicios de carácter público eran deficientes en todo sentido.

El país se veía enfrentado a problemas tan graves como los siguientes: las regiones periféricas imbuídas de nacionalismo local procuraban infructuosamente su autonomía o su independencia; millones de españoles vivían en condiciones sub-humanas o tenían que emigrar al extranjero para poder subsistir; el atraso cultural, sanitario, administrativo, etc., era pavoroso.

De esta situación eran responsables las clases y grupos privilegiados que en forma despótica y arbitraria explotaban al país en su exclusivo beneficio. Estas fuerzas eran por su orden, los grandes latifundistas agrícolas, el clero y la oficialidad del ejército. Un 1 % de la población campesina eran latifundistas propietarios del 50 % de todo el territorio nacional. En las provincias de latifundio apenas había 20 habitantes por kilómetro cuadrado mientras en las zonas de minifundio (Galicia, País Vasco, etc.) cada familia vivía con 1/4 de Ha.

Rutinarios, ignorantes técnicamente, ausentistas de sus mismos campos, las empresas agropecuarias tienen una productividad bajísima, que obliga a los latifundistas a obtener sus grandes ingresos sobre la base de salarios de hambre.

(*) Este capítulo resume materiales del libro del autor **La Crisis Española del Siglo XX**, editado en 1960 en Fondo de Cultura Económica, y del folleto **Ideología, regiones y clases sociales en la España contemporánea**. Mont. 1958.

Los grandes monopolizadores de la tierra (a menudo nobles herederos desde (1) hacia siglos), manejan el gobierno con la complicitad del clero y el ejército. La Iglesia Católica había conseguido en España—al revés de toda Europa—mantener el exclusivo monopolio de la vida intelectual y cultural. La Inquisición todavía funcionaba a principios del siglo XIX. En 1930, la Iglesia era parte del mismo Estado, y la intolerancia religiosa era respaldada por medidas represivas.

El clero aseguraba la enseñanza de los ricos, la dirección de sus conciencias y les proveía de una ideología retardataria y medieval. Para el pueblo trabajador se confundía con la misma riqueza, y por esa razón el clero—salvo contadas excepciones—era impopular.

La oficialidad del ejército, tan abundante e innecesaria como el clero, había experimentado derrotas en América y África, y solamente se justificaba como órgano represivo del proletariado. Privilegios abusivos, una militarización del país, eran su retribución por la defensa de los intereses de la gran burguesía terrateniente.

Apilada por estos grupos parásitos, enclavada en una vida espiritual intolerable, aislada de las corrientes intelectuales mundiales, España retrocedía en el concierto de los pueblos, e incluso dejaba de influir entre los países de su misma lengua.

Todos estos problemas no eran desconocidos a los grandes intelectuales españoles de la época, surgidos casi en su totalidad de la menguada clase media intelectual. Las ideas de Jovellanos, Larra o Francisco Giner de los Ríos se reavivaban en las manos de la generación de escritores de la llamada época del desastre de 1898, como Joaquín Costa, Angel Ganivet, Francisco Pi y Margall, Miguel de Unamuno, José Ortega y Gasset. Algunos no fueron fieles a su ideal pero entonces coincidían en estigmatizar el Estado absoluto, teocrático y militarista; en plantear el peligro del militarismo africanista; en denunciar el hambre del pueblo y el atraso general del país.

Costa resumía este programa de su generación diciendo: «Debemos fundar una España nueva, es decir una España rica y que coma, una España culta y que piense, una España que trabaje».

(1) Todavía en 1932, 14 personas (integradas por duques, condes y marqueses) eran dueños de 383.062 has. Solamente el Duque de Medinaceli poseía como propietario unas 79.147 hectáreas.

una libre y que gobierne, una España fuerte y que venza, una España en fin, contemporánea de la humanidad, que al transponer las fronteras no se sienta forastera como si hubiera penetrado en otro planeta y en otro siglo».

Tanto o más importante que estos escritores (que resauraron el respeto por la España culta) fue la acción efectiva de las clases medias de las regiones periféricas (Cataluña, País Vasco y Galicia), y más todavía de los campesinos y obreros revolucionarios.

A costa de inmensos y heroicos sacrificios el proletariado español desde 1864 se había incorporado al movimiento revolucionario europeo. La Primera Internacional de los trabajadores tuvo «secciones» y Federaciones Regionales en España, y a partir de entonces una corriente formidable de sindicatos, uniones, ateneos, periódicos y centros de estudio. Los obreros, y muy en especial los industriales de Cataluña, los mineros del norte, los campesinos andaluces, hicieron de los sindicatos su organización por excelencia, y supieron defenderla contra la reacción y el medio hostil.

Con su movimiento obrero escribe el proletariado español una de las páginas más brillantes de la historia de las luchas sociales de Occidente. Sin su conocimiento resulta incomprensible la historia contemporánea de España, pero asimismo la formación del pensamiento progresista en América de lengua española.

Aquel movimiento fue animado por obreros manuales, como por ejemplo Pablo Iglesias, Francisco Mora y Francisco Largo Caballero en el ambiente socialista; Anselmo Lorenzo, Ricardo Mella, Francisco Ferrer y Guardia y Federico Urales en el anarquista. En su conjunto el movimiento obrero español, adquirió conciencia propia, independiente de las ideas y preocupaciones burguesas ya en el siglo pasado.

En otra parte hemos señalado que «Se podría sintetizar todo esto diciendo que antes de cerrar su ciclo la vieja «España tradicional» la «España negra» de los adversarios republicanos-liberales o simplemente progresistas que heredan una «política de razón», ha surgido una «tercera España», la «España roja», de la clase obrera sindicalizada y revolucionaria, que busca extender su acción a través del campesinado».

Las divisiones ideológicas del movimiento obrero surgidas en la misma Primera Internacional se sienten inmediatamente en España, donde ya en 1864 Fanelli, un discípulo de Miguel Bakunin, lleva las ideas anarquistas; mientras el yerno de Carlos Marx, Paul Lafargue, propagaba el marxismo algo más tarde.

La literatura de la guerra

y la nueva era

IV

DOS CLASES DE LITERATURA; HAY QUE ELEGIR... LOS CALLADOS

A algunos de los lectores, esta condena de la literatura de guerra puede parecerles algo unilateral: rechazarla de un modo absoluto, sería una revuelta más bien sentimental que no acepta ningún compromiso. No obstante, esta impresión general acerca de la literatura de guerra es verídica. El horror que nos insufla la guerra de hecho, se evidencia más intensamente a través de su literatura. Como hemos demostrado en las páginas anteriores, la guerra — por la tensión excesiva de los estados del alma, por la descripción realista de sus episodios, o por la magia del estilo que amplifica y deforma aún lo que es ya monstruoso en sí — se nos aparece tan compleja y antinatural, tan inexorable y total en sus efectos catastróficos, que no podemos menos que reaccionar desde el principio con repulso, oponiendo enérgicamente a la guerra toda la reserva de sentimientos genuinamente humanos que perduran, y que reconocemos todavía en nosotros mismos.

Pero si perseveramos en estudiar la literatura de guerra, sorprendemos en su conjunto repelente, en su caos de violencias y destrucciones, algunos aspectos, algunas señales que despiertan otros sentimientos. Nuestra hombría de bien, siempre alerta, dispuesta a rechazar nuevas agresiones del Mal, se estremece en sus honduras. Estos sobresaltos interiores del Espíritu se parecen a los rápidos esfuerzos de la memoria a reconocer algo que surgió como un relámpago de las tinieblas en las que se arrastran los nubarrones de tantos peligros. Con ese apremio — impulsado a veces por emociones tanto más fuertes por su rareza, y otras veces por dudas provocadas por la tremenda confusión y alteración del lenguaje humano en esta misma literatura — nos empeñamos en reconocer en esas señales, en esos «otros» aspectos repentinos, nuestros pensamientos silenciados. En las pocas páginas luminosas de un «libro de guerra» — que aparecen como un claro en las sombras pesadas de un bosque, o como sueños serenos de un hombre atormentado por crueles obsesiones — reconocemos algo de nuestras aspiraciones, que tienden hacia los mismos ideales.

Reconocemos en aquéllos que han escrito esas páginas, a nuestros verdaderos hermanos que se niegan a renunciar a la severa disciplina de la conciencia y a la dignidad de la existencia que quiere conocerse a sí misma y que «puede» seguir en sus designios buenos y creadores. Los reconocemos, a estos hombres, inquebrantables bajo el peso de los mismos sufrimientos co-

lectivos, y protestando — por la defensa, la conservación, la incesante afirmación de su humanidad — aun durante la guerra, en medio de sus estragos y terrores. Los reconocemos cercanos y en todas partes. Las escasas páginas verdaderamente humanas en la literatura de guerra son milagrosas llamadas de la vida, por la libertad, la justicia, la renovación. Ellas despiertan las comuniones que fortalecen, en aras de la perfección de sí mismo.

En esta solidaridad creadora — distinta de la otra, forzada, que aulla por innumerables periódicos y folletos incitadores, por pérdidas bocas de oradores que pretenden representar a las naciones, y por fulminantes bocas de cañones que derraman las fuerzas ciegas del odio y de la muerte — nosotros incluimos a todos «los otros»: a los sojuzgados por vanas ilusiones; a los soldados anónimos que pueden ser hombres, pero son tan fácilmente convertidos en bestias enloquecidas de miedo y pánico; a los trabajadores que mantienen todavía el orden en tantos desórdenes y ruinas; a las madres que alumbran, alimentan y acarician a las tiernas criaturas para las cuales sueñan con un destino más dichoso; a los pacíficos pensadores, a los sabios y artistas, a los servidores de la cultura que buscan los secretos de la naturaleza y tratan de aliviar tantas necesidades y dolores, o realizar tantas visiones interiores, espirituales; a todos los fieles del progreso que quieren añadir algo al tesoro vital transmitido por las generaciones, salvar la luz de los ideales, vacilantes y fascinantes a la vez, por encima de las desgracias en las que se agita la humanidad desunida y enemistada por sus malos gobernantes...

Y se nos revelan, en estas páginas, las profundas reservas de vida, demasiado ignoradas, pero sanas y resistentes en los individuos y en las multitudes. Vemos que, más fuerte que la realidad desviada y devoradora del instante, es la otra realidad, eterna, del alma buena y amante del pensamiento que busca la verdad y abarca el mundo todo, de la acción que exterioriza los anhelos del corazón y de la mente. Más fuerte que las violencias destructoras de la materia, más potente que la dura opresión de las leyes y las «ficciones» organizadas por los Estados, por las autocracias y coaliciones privilegiadas, es el hombre sencillo, humilde, trabajador, que aspira hacia las milenarias metas humanas de cada uno y de todos.

Y nos revelan estas páginas las luchas silenciosas, ocultas en los combatientes forzados a matar a sus semejantes, las tremendas crisis morales, las agonías de la conciencia acosada por las obsesiones de la guerra.

Estos testimonios ponen también de manifiesto el hecho de que, bajo la máscara de la bestia mortífera, los hombres — cada vez más numerosos — se sienten hermanados por el absurdo, el atroz e insaciable sufrimiento común. Nos revelan cómo murmura la revuelta de los que despiertan en las cadenas de la esclavitud; cómo se reúnen las huestes del Espíritu; cómo se preparan éstas, para la resurrección que significa renovación y conocimiento de sí mismo, y para volver a las verdades primeras de una sociedad justa, libre y pacífica, a «las leyes no escritas» de la solidaridad terrestre y universal, en la que todos los «intereses» antagónicos están buscando — todavía por las rutas erróneas de la dominación — su equilibrio armonioso y progresivo.

Estas páginas, publicadas en su mayoría en países neutrales — y algunas deslizadas, por quien sabe que descuidos o complicidades, entre las garras de la censura patrioterista y terrorista — nos hacen oír los gritos de los valientes que hablan para los silenciados, para los millones que no saben expresarse, pero también para aparecer luego, justicieras, en los primeros albores de la paz. (1) Sentimos en estas páginas a los grandes hombres que meditan en su silencio, a los trabajadores amordazados, a los hombres callados que aman pese a sus padecimientos. Por encima de ellos ruge la locura y la nada. Pero su silencio se oye mejor, porque habla dentro de los corazones y repercute en las conciencias.

¡Los silenciosos hombres! ¡No los olvidemos! El poder de callarse, mientras la guerra sigue en sus infernales desenfrenos, es más firme y digno que todos los compromisos, obediencias y conversiones alabadas por la quimérica «Opinión pública», es decir, por los encumbrados, por los que arengan en nombre de una patria militarizada. El sufrimiento temple a los callados. ¡Oh, el sufrimiento de los que pueden salvar así a su propia humanidad! Es inmenso, ya que abarca los dolores de

(1) Acerca de estas obras no se necesita aquí una documentación especial. Las he analizado ampliamente en mi libro «El Humanitarismo» (Edición rumana, Bucarest, 1921; edición aumentada, en español, Editorial Americalee, Buenos Aires, 1956). Mencionemos, sin embargo, a Romain Rolland («Por encima de la contienda», «Los precursores») que, en su retiro de Suiza, se ha manifestado digno y firme, afrontando las furias chauvinistas de su país natal. En Austria, Etefan Zweig ha escrito durante la guerra el drama «Jeremías», estrenado en Suiza neutral. En la Alemania de Guillermo II encontramos, en su frenética y orgullosa literatura de guerra, los testimonios de las conciencias libres. Nombramos al valiente profesor Jorge F. Nicolai, autor de la «Biología de la guerra», a Albert Einstein, Fr. W. Foerster, M. Harden, Karl Liebknecht, a los escritores reunidos en las revistas «Forum» de W. Herzog y «Weltbühne» de Karl von Ossietzky. Y algunos círculos literarios, como el de Stefan Georg, aislados en su idealismo sereno o en contemplación pasiva de la actualidad, a la espera de la libertad de acción. Agregamos, en lo concerniente a los movimientos sociales y políticos, las manifestaciones internacionales de los intelectuales que no se dejaron engañar por una democracia oportunista o torpemente imperialista. Luego, la acción pacifista en países neutrales, (Suecia, Dinamarca, Suiza) y también en la Holanda y Bélgica invadidas — y en casi todos los países, la efervescencia, a veces irrumpiendo en revoluciones del socialismo genuino que — a pesar de los desmentidos agresivos de los regímenes totalitarios — no se había perdido del todo en el caos de las guerras entre clases y entre pueblos.

todos; es inapreciable, porque por él se ennoblecen las energías vitales, desparramadas vanamente en los campos de matanza. En este padecimiento se acumulan las buenas reservas, las fuentes balsámicas de la curación y de la victoria pacífica...

Y estas páginas nos recuerdan la grande, la imperecedera literatura de «antes» de la guerra. Despiertan reminiscencias de las lecturas de otros tiempos, en la fecunda quietud del hogar, del taller, del campo — de esa «lucha» de la vida que quiere mejorarse y superarse. Y nos acordamos de los genios que señalan a la humanidad las buenas metas; y de los libros que conservan las sabidurías milenarias de las razas. Nos acordamos de los Evangelios, en los cuales el hombre dejó el testimonio de su propia divinidad; de las biblias austeras de la conciencia moral, del perseverante empeño por la justicia; de los libros de Demiurgos que se elevaron en los mundos ilimitados de la Metafísica o avanzaron sigilosamente en los dominios de la Ciencia, para abrir la ruta firme entre las tentaciones y peligros de este planeta incesantemente enriquecido por la técnica y adornado por el arte; de los cuadernos de la Poesía soberana, que envuelve al universo en los mirajes, permanentes sin embargo, de los ideales; de todas las obras del Espíritu, consagradas al progreso humano y a la armonía entre las necesidades inevitables y las libertades creadoras...

Nos acordamos también de los que no abandonaron a estos libros de la Vida, hallando en ellos consuelo y fuerza de perseverar. Evocamos a los lectores que veneran estos sagrados tesoros de la humanidad. Los vemos en todas partes, en aposentos enlutados y aun en las trincheras fangosas, inclinados sobre las letras menudas, y escuchando la voz de Buda, Moisés, Jesús o Mahoma, de Sócrates o Kant, de Shakespeare o de Goethe, de Giordano Bruno o Pasteur, de Rousseau o Tolstoi, de Ghandi y muchos otros. La voz de la solidaridad lúcida y voluntaria, que vibra en el corazón y señala las verdades de la razón. Ellos, los guías, alivian los dolores, templan las esperanzas de los hombres agobiados por las fatalidades de la naturaleza y los desastres de la guerra.

Y las pocas páginas de los que quisieron continuar en nuestros días las obras de los elegidos, y los blancos fragmentos — censurados — en la pletórica literatura de guerra, nos aparecen como las flores que brotan entre ruinas de pantanos envenenados. Estas páginas rescatan los pecados de nuestro tiempo, los extravíos de las naciones y sus horrendos sacrificios. El hombre de la paz venidera comprenderá solo estas páginas; reconocerá a través de ellas a los precursores y guardianes de su dicha. Y, conmovido, se quedará contemplando con gratitud los blancos fragmentos en periódicos y libros. Leerá los renglones «no» impresos — ¡sí! él sabrá lo que habían escrito aquellos predecesores, ya que llevará en sí mismo sus sentimientos purificados, sus pensamientos libres y activos, clamados en años tan difíciles. El verá también, a su alrededor, realizándose estos sentimientos y pensamientos. Pues lo que deseaban fervorosamente sus antepasados en aquellas páginas en blanco, se cumplirá en todos sus semejantes y en las nuevas obras que serán levantadas sobre las huellas de tantas destrucciones y matanzas vanas y absurdas...

E. RELGIS

LA HORA DE LAS
VELOCIDADES

Túneles y canales

ES motivo de gran admiración el arte de la Naturaleza en todos sus aspectos; pero, el más raro y complicado, sin duda, es el del dibujo geográfico de las tierras emergidas del mar en nuestro planeta. Creemos que ello es lo más natural y que no podría ser de otra manera, pero si miramos el caso con mayor detención, nuestro cerebro es impotente para comprender la variedad tan caprichosa de formas que las leyes severas de la Naturaleza han podido trazar sobre el esferoide que constituye nuestro mundo.

Quien estas líneas escribe se ha pasado largos espacios de tiempo acodado sobre la mesa a la vista de un planisferio terrestre, manera admirable de desarrollo de la superficie esférica que han ideado los hombres para poder, de un golpe de vista, abarcar el conjunto de tierras y mares.

He aquí a la izquierda el macizo de la América del Norte, con el enjambre de islas y tierras y por tanto canales que la separan del macizo bloque de Groenlandia, mientras por su remate occidental extiende un tentáculo que casi toca las tierras de Siberia, de las que sólo lo separa el llamado estrecho de Bering. Por el Sur termina este continente con un istmo estrechísimo y largo, llamado América Central, que lo pone en comunicación con otro continente, casi triangular cuyo nombre es América del Sur. Al oriente de estos territorios se extiende un mar tan ancho y largo como ellos, el Océano Atlántico, y a continuación la fachada inmensa que forman la Europa y el Africa, con algunos pequeños mares internos, y a continuación el macizo pétreo, en gran parte elevado, del Asia, cuyo extremo superior oriental va hasta las proximidades del territorio de Alaska, del que le separa el ya mencionado estrecho de Bering. Al sur observamos un continente aislado, Oceanía, llamada también, la quinta parte del mundo, según la nomenclatura clásica, cuyo orden es: Europa, Asia, Africa, América y Oceanía, cuyo monograma, o abreviación que ahora se estila mucho, sería gracioso: E.A.A.A.O.

Ahora bien; al construirse estos enormes continentes, parece que quedaron muchos materiales dispersos, y ahí tenemos la granizada incontable de islas, islotes y farallones que salpican los mares. Pueden contarse, que duda cabe, pero no es atrayente este trabajo porque inclina a creer que esa nebulosa, ese chisporreo de tierras y tierrecitas es la causa de los mayores males. Hablar de esto no es nuestro tema favorito, a pesar de lo cual esperamos ocuparnos algún día de este especial tema bajo el título de «Estudio de las tierras insulares de nuestro planeta». Pero hoy nos atrae más otro punto de vista, geográfico también.

Continuemos con los codos apoyados en la mesa contemplando fijamente el Mapamundi. Observe-

mos la forma triangular de casi todos los continentes y la punta de los triángulos de la Groenlandia, de las dos Américas, del Africa, y la misma Asia con Europa, que forman cuatro vértices; uno al norte, que constituye la península de Taimy; otro al sur, que forma la Indochina; otro al Este, que acaba en la punta de Siberia que asoma al Estrecho de Bering, y el cuarto al occidente, que termina en la península Ibérica; pues, exceptuados los dos vértices orientales del Asia, todos los demás miran hacia el Sur. Este hecho se explica por la teoría Tetraédrica, es decir, que se ha supuesto que el planeta, como toda masa esférica que es el cuerpo que a mayor masa tiene menor superficie, toma la forma de Tetraedro, que, como sabéis, es el cuerpo formado por cuatro triángulos, y que es el que a mayor masa tiene mayor superficie.

Pero vayamos más allá, veamos la desproporción enorme entre tierras y mares. Veamos la caprichosa forma de todas las costas. Los contornos terrestres parecen recortados en cartón por unas manos inexpertas, inseguras y vacilantes. Hay pasajes que parecen un cristal golpeado con un martillo. El Norte del Canadá, la parte occidental de Europa, el espacio entre las Indias y Oceanía, etc. Ahí está el culebrón que forman Suecia y Noruega queriéndose tragar a Dinamarca. La colección de mares interiores, bahías, lagos y golfos; las guirnalda de islas siguiendo las costas, o sueltas y en desorden como manada de cetáceos locos; las Británicas, Madagascar, las Neerlandesas, el Japón, Guinea, la Nueva Zelanda, etc., etc., y la silueta extravagante del territorio de Italia y la fragmentación a la que da nombre de Grecia.

Y el hormiguero inmenso ya mencionado de islas, que salpican los mares, con la rara particularidad de que en el Océano Atlántico son escasas, mientras en los demás mares, especialmente en el Pacífico y en los mediterráneos, son abundantísimas.

Quizás en ningún astro exista peor distribución de tierras y mares que en el que estamos mencionando. La Tierra algo ha de tener de extraordinario, y seguramente este algo es su geografía.

Se ha dicho que el carácter de los hombres es hijo del de la tierra que los vio nacer. A cada una de las regiones de nuestro planeta se le atribuye a sus habitantes un carácter especial; pero algún carácter medio ha de existir para los habitantes de este mundo, y éste, en caso de ser así, no sería nada de extrañar que fuere la extravagancia, ya que vivimos sobre un interrogante, sobre la dispersión de una especie de naufragio o sobre un cristal roto y desmenuzado a martillazos. La lucha por el agua o contra el agua nos es congénita, por el viento contra el viento, contra los terremotos y volcanes, contra el calor y contra el frío

alternativamente. El mar nos atrae y nos devora, como el monte, que nos llama para despenarnos. El hombre ha de participar, forzosamente, de estas veleidades y su carácter no puede ser, precisamente, la barra de acero, recta e inflexible que algunas teorías nos aconsejan.

La observación atenta de la Geografía nos demuestra el fundamento de la inconstancia humana. Hemos visto enormes continentes macizos y elevados y tierras estrechas y bajas como recién nacidas de entre las olas. Hemos visto mares amplios y canales estrechos y tortuosos como culebras heridas. Puntos de roca sobre inmensidades marinas, y puntos y rayas de agua sobre inmensidades de piedras o de arenas. Y lo grande de todo esto es que el hombre, consubstancialmente unido a esta variedad, a esta diversidad, a este que bien pudiéramos llamar caos práctico, ha creado un caos teórico e ideado un plan de ordenación de lo inordenable, y fijémonos bien: donde ha visto lo que él llama un istmo, lo ha cortado con un canal, como por ejemplo Suez y Panamá; y donde ha visto lo que se llama un estrecho, un paso o un canal, lo quiere suprimir con un túnel, como por ejemplo: el estrecho de Gibraltar y el paso de Calais. Con este programa se tiende a fragmentar más por la superficie, y a reunir por el subsuelo como hacen los topos. Tela de Penélope infinita, pues infinita es la serie de canales que existen y que se puede abrir, y por tanto infinita la serie de túneles profundos que habrá que perforar.

Por ahora, dos son los túneles que hay proyectados, e incluso empezados, que sepamos: el de Gibraltar y el de Calais. Tenemos sobre la mesa revistas y libros que hablan de estas obras, realmente estratégicas, o sea guerreras, pero por suerte, es enormemente más costoso en dinero y trabajo horadar la roca por debajo del mar, que surcar los aires y aun la superficie del mar mismo con aparatos adecuados. Pero como el hombre es testarudo, insiste, y realmente, produce maravillas de técnica, especie de fuegos artificiales de la inteligencia que, cuando menos, sirven para demostrar su poder y conseguir, de paso, reacciones y efectos que a alguien interesen.

Del túnel a través del Estrecho de Gibraltar se habló mucho en España, en las ocasiones y momentos que quizás a alguien convenía. Que sepamos, los trabajos realizados no pasaron de estudios, sondeos, pequeñas excavaciones en ambos lados, y cálculos de rendimiento económico.

Del túnel a través del paso de Calais tenemos noticias más recientes. Artículos de propaganda actuales que al mismo tiempo lo son de información interesante.

Dos aspectos bien distintos, podemos decir, sin embargo, que diferencian estos dos túneles estratégicos tan próximos debidos a la constitución geológica. El del Estrecho de Gibraltar, que es una ruptura geodinámica que presentaría grandes dificultades para su construcción por precipitación del mar por la formidable grieta, mientras que el de Calais se abriría en una formación uniforme de capas superpuestas de arcilla y de caliza casi

horizontales y sin grietas ni fallas probables.

No deben correr, sin embargo, mucha prisa estas construcciones, por cuanto su característica es la lentitud, pues aunque la idea es mucho más antigua, hasta 1802 no se divulgó en Europa el proyecto de comunicación de las islas Británicas con el continente por medio de un túnel, y hasta 1855 no se tomó en serio la cuestión. En 1885 se empezó por ambos extremos simultáneamente a abrir la galería submarina, que alcanzó unos dos kilómetros por cada parte antes de que se suspendieran los trabajos. En 1929 se removió de nuevo lo del túnel oficialmente, pero no se llegó a ninguna consecuencia práctica. Aparte el primer plazo, que desconocemos, véanse, entre las fechas indicadas, tres plazos respectivamente de 53, 30 y 44 años, cuyo promedio es de 42 un tercio, que pudiéramos decir es la pulsación política o financiera de este asunto, la cual no indica una gran actividad ni un gran entusiasmo, a pesar de haberlo pintado de color rosa sus proyectistas.

Las características técnicas de este túnel son: 35 kilómetros de extensión el túnel propiamente dicho más de 10 kilómetros de rampa a cada extremidad. Se compondría de dos galerías gemelas de 5'60 de diámetro cada una. La profundidad del túnel sería de unos 45 metros por debajo del lecho del mar y de unos 110 metros por debajo del nivel del mar. Su coste se cuenta por millones de millones, y en consecuencia los ingresos se dice que serían inmensos. Pero lo chocante son los argumentos de sus defensores; anteriormente lo titulaban «El gran elemento de guerra», y ahora lo titulan «El gran elemento para asegurar la paz». Entretanto, un artículo recordatorio publicado recientemente en una Revista lleva el siguiente encabezamiento: «Un proceso, un inspector y un matrimonio de guardianes octogenarios «vigilan» los trabajos desde 1934». No hay que decir que la referida pareja de túneles paralelos serían circulares o en forma de tubos, que es la que resiste mejor las presiones exteriores. También en el proyecto se dispone la construcción de una estación en medio del Estrecho, para registro y aireación, y salida en caso necesario, fundamentada en un islote artificial en forma de navio anclado, con sus luces y sirenas de aviso, dada la abundancia de niebla en aquellos lugares.

Estos hechos, como todos los que podemos observar acodados en la mesa sobre un planisferio, y los que podemos recordar de la Historia de la Humanidad, que son consecuencia, en gran parte, de aquéllos, ponen de manifiesto las veleidades de los hombres. De esta manera, cortando los istmos, se aumentarán los estrechos o canales por un lado, y se suprimirán por otro, con los túneles, los canales y estrechos que existen y los que las costas artificiales realicen.

Esta labor geográfica del hombre tiende a acortar distancias y a desplazarse con seguridad a través de las tierras y por el subsuelo; el mismo objeto que se persigue con la navegación aérea por el medio opuesto o superpuesto. Es la lucha del topo y el águila, del halcón y la gallina, del pez y la gaviota, que refleja el hombre en sus obras de piedra, cuyo único resultado será la complicación

de la Geografía y el empleo de tiempo en los trabajos no constructivos ni prácticos para el plácido desarrollo de la vida y de las industrias que realmente son el sustento de ésta.

Recuerde la Humanidad a lo que han quedado reducidos los castillos-fuertes, las ciudades, los fosos de agua y los puentes levadizos, así como las líneas defensivas separatorias de las naciones litigantes.

Es muy hermoso en París, en Londres, en Hamburgo, etc., pasar por debajo del río o de un brazo de mar, sentado con comodidad leyendo un impreso; pero pensemos que velocidad no es felicidad y que el interés de esas obras extraordinarias se paga carísimo. Pensemos que los transportes rápidos son, generalmente, para la inquietud, la impaciencia y el ocio del potentado y no para la colonización y el establecimiento de la riqueza positiva, pues el Progreso siempre es lento y costoso

para quien, en efecto, lo produce. Colón tardó meses en atravesar el mar que hoy se cruza en horas; los descubridores y colonizadores van a pie o utilizando medios primitivos; el buque de vela se sostiene y convive con el paquebot y el avión. Vísteme despacio que voy de prisa. Sobrepasar la velocidad del sonido costará, seguramente, más que producirá. La vegetación tiene su ritmo y el hombre debe contentarse con el que le pertenece. Si el planeta Tierra participase de la locura de la velocidad, en vez de dar una revolución sobre sí mismo en 24 horas, podría darla en una hora o en un minuto; pero entonces la fuerza centrífuga nos proyectaría a todos y a todo en el espacio infinito como polvo inútil en el dominio del sosiego y de la calma natural transformada en vértigo, no por un ideal noble y generoso, sino por un interés mezquino y miserable.

Alberto Carsi

DEL TRABAJO

El trabajo es para todo nuestro linaje condición de vida. El que no lo ejerce es indigno de vivir entre sus semejantes. Agrava el de los demás con la falta del suyo: opríme, veja. Con el trabajo se ha de atender, ante todo, a la satisfacción de las necesidades comunes a todos los hombres: alimentos, vestuario, vivienda. A ellas deberíamos, en realidad, contribuir, sin distinción, todos los ciudadanos con salud y fuerzas. Ganaríamos individualmente todos, porque robusteceríamos con el trabajo material el cuerpo y llenaríamos con escasas horas de ejercicio la común tarea; ganaría la sociedad, porque se vería libre de los vicios que la corrompen y perturban.

En el trabajo podría establecerse fácilmente el comunismo. Aplicado lo tenemos ya a los talleres, a las minas, a la construcción, ya de casas, ya de monumentos, ya de vías públicas. El trabajo individual va de día en día reduciéndose y el social ensanchándose. Como que el trabajo de cien individuos que obren aisladamente, no es de mucho lo rápido ni lo productivo que el de un grupo de igual número de hombres; y no en todos los órdenes de la producción puede ser individual el trabajo.

... Fuera de esto habría de ser individual la vida. Individual, sobre todo, la de la inteligencia. Concluidas las horas del común trabajo, cada hombre habría de desarrollarse en su hogar, según su aptitud y su gusto. Leería, escribiría, pintaría, esculpiría, compondría prosa, verso o música, razonaría o inventaría soltando la rienda, ora al entendimiento, ora al corazón, ora a la fantasía. Viviría en el seno de su familia como quisiera, y podría dejarse llevar de sus aficiones y su capricho como no menoscabase la ajena libertad ni ofendiese el general decoro.

Cortapisa alguna para esa vida individual, condición necesaria de progreso. Sin la iniciativa de un individuo, no hay en la Humanidad adelanto ni evolución posibles. Es preciso respetarla, aun cuando contrarie ideas universalmente recibidas en siglos de siglos. Nos presenta la historia repetidos ejemplos de hombres que en momentos dados han tenido razón contra las pasadas y las presentes generaciones. Ha de tener el individuo la plena libertad de emitir sus ideas y la sociedad de discutir las, y, si son viables, elaborarlas. El individuo y la sociedad son, respecto a las ideas, lo que el varón y la hembra respecto a los seres. El individuo, engendra; la sociedad, concibe. El individuo, da el germen: la sociedad, le da forma.

Francisco PI Y MARGALL

Las minorías en los movimientos revolucionarios

Al producirse el choque entre un ordenamiento decrepito que se obstina en conservar el equilibrio a toda costa y las potencias de transformación que se agitan en su seno, al núcleo de los precursores, tanto si lo han sido principalmente en la esfera del pensamiento como en los dominios de la acción, les incumben tareas de altísima responsabilidad.

Todos aquéllos cuyo esfuerzo perseverante contribuyó a vertebrar las ansias de vida nueva que siempre palpitaban en las entrañas de lo viejo, a fin de que el presente odioso se hundiera para siempre en las catacumbas de la Historia dejándole franco el paso al futuro soñado por nuestra mente, único que, haciéndoles libres e iguales en derechos, hermanará a los hombres, tienen sagrados derechos que cumplir.

Convertidos por imperativos de las circunstancias en causa propulsora de los desbordamientos populares, han de confundirse, sin estar por debajo ni por encima de él, con el fautor único y eterno de todas las realizaciones: el Pueblo.

Han de estimularle en todos los sentidos. Han de sacudirlo sin tregua. Han de poner al desnudo ante sus ojos los dos aspectos fundamentales del magno problema: el que se refiere a cómo podrían vivir los individuos, y al de las sangrientas aberraciones que consagran su servidumbre y su tormento, y que todas las escuelas autoritarias — algunas veces cubriéndose con túnicas muy vistosas — se proponen mantener.

Del mismo modo que la denuncia permanente de ese contraste abominable formulada por los extremistas que tenían plena consciencia de él y de sus funestas derivaciones, contribuyó de manera positiva a que los sometidos volcaran un día en la con-

tienda por el rescate de su bien el formidable potencial de energías de que son depositarios, repetida al infinito mientras el gran pleito se ventila en la calle con las armas en la mano, dará lugar a que no disminuya el impulso inicial, a que se mantengan vivos los propósitos del primer momento y a que se acentúe el afán de suprimir para siempre aquellas contradicciones en que naufragaban los atributos individuales.

..

Las minorías selectas están llamadas a que el gesto gallardo y justiciero en que se concretan los más vivos afanes de cuantos arrastran miserias infinitas entre cadenas, con el brillo de una superación que se extiende a todas las manifestaciones de la vida social, por encima de las telarañas, del moho y de los conceptos arcaicos que inhabilitan a los partidos políticos para ser intérpretes de las aspiraciones multitudinarias.

Han de poner su empeño más vivo en que el esfuerzo común sea algo nuevo en cualesquiera de sus variados aspectos. Explosión y serenidad. Luminaria y crisol. Acicate vigoroso para los de abajo y forja de las conteras de hierro para sus enemigos. Voz que analiza y demuestra, y después niega y afirma. Llama que calienta y palanca que levanta de la pira humeante de lo viejo estructuras nuevas. Piqueta que destruye y esfuerzo que edifica. Arado que abre el surco y mano diligente que deposita en él la semilla.

Pero todo ello al mismo tiempo. Simultáneamente. No hay medio de demarcar esas diversas funciones que, por ser igualmente necesarias, se complementan. Lo equilibrado, lo racional, lo que da base firme a to-

das las esperanzas, estriba en tener la seguridad de que la labor constructiva no sería posible sin ir precedida de las destrucciones que ella reclama.

La construcción de un edificio en el mismo solar que ocupa otro, obliga a destruir el viejo y a recoger y seleccionar los escombros para ser nuevamente empleados los que sean utilizables. Y el trabajo se simplifica en sus dos aspectos si los combatientes alternan sus tareas negativas con sus actividades constructivas.

Lo natural y lo saludable es que en las treguas que deje la lucha contra los enemigos del pueblo, se reanude ese esfuerzo constructivo con los instrumentos de ataque y de defensa junto al torno, junto al banco, junto a la caldera o junto al surco, en espera de que el combate llame una vez más...

..

Y así en todos los órdenes. Y así desde el primer momento. El esfuerzo creador, en sus infinitamente variadas manifestaciones, no puede ser interrumpido sin graves riesgos. El instinto, reforzado por una clara visión de las conveniencias de todos y cada uno y del único modo de salvación posible de nuestra obra, ha de impedir que se interrumpan.

Y si en un momento dado, a pesar de todos los esfuerzos, de todas las abnegaciones, llega a perderse todo, es preciso, necesario, indispensable, que las minorías selectas sepan darse cuenta de que nada se ha perdido, proclamando que urge más que nunca volver a la carga.

Sin este distintivo del ánimo y de la mente no mereceríamos el honroso título de revolucionarios, y si tan sólo el de revoltosos, que dista mucho de ser lo mismo.

Eusebio C. CARBO



ERA EL AÑO 1950

El eterno maquiavelismo

CON machacona insistencia, señalando hechos, repitiendo los ejemplos aleccionadores, se ha hablado de lo que es la política y de cuanto cabe esperar de los políticos. Y es forzoso volver sobre lo mismo en las ocasiones propicias, ya que con todo y ser los razonamientos claros, contundentes, chocan con una densa capa de ignorancia, y de rutinas que diríase permanecen anquilosadas, desgraciadamente en no pocos cerebros.

Importa destacar, al curso de los días, las argucias de la política, ya que el Estado, representación máxima de la política al uso, tiene sus «razones» que se inspiran en el clásico maquiavelismo, esa especie de «cocktail» compuesto de: amoralismo, insensibilidad, hipocresía, engaño, crueldad, demagogia y el más exacerbado egoísmo. El maquiavelismo que aun siendo empleado, por supuesto, antes de nacer Maquiavelo, supo éste definirlo de un modo magistral, sin tapujos, dando a conocer crudamente el proceder de cualquier príncipe o de cualquier Estado.

Prosigue el problema de España sin resolverse; y seguimos observando cómo «razones de Estado» hacen que se pongan paños al asunto, unas veces fríos y otras calientes. Indudablemente, con el deliberado propósito de no resolver nada; que todo quede en lo de «dejar hacer, dejar pasar». Mientras, Franco y su camarilla, imitando al baturro de la copla, que decía: «En siendo de Zaragoza, que me llamen como quieran», ellos deben pensar: «En dejarnos hacer lo que queramos, que nos digan lo que quieran».

Se ha hecho mención en la prensa, como se sabe, no hace muchos días, de la carta enviada por el secretario de Estado norteamericano. Deán Acheson, a Tom Connally, presidente de la Comisión de Asuntos Extranjeros del Senado. Se refiere a España. Según manifiesta, los Estados Unidos están dispuestos a otorgar créditos al gobierno franquista por intermedio del Export Import Bank. Justifica este señor la posición gubernamental norteamericana alegando que está basamentada en determinados «hechos esenciales», los

cuales, a su juicio, estriban en el «considerable» apoyo interior con que cuenta Franco. Dice también que la propaganda y la controversia, al respecto de la cuestión española, se ha extendido demasiado, tomando excesivo volumen. Claro está que por aquello de dar una de cal y otra de arena, Acheson ha dicho también que los Estados Unidos prosiguen sus esfuerzos con miras a persuadir al actual gobierno español a que tome medidas tendiendo al restablecimiento de un régimen democrático y un amplio respeto a los Derechos del Hombre y a las libertades cívicas.

Lo de siempre: el apoyo al tirano, hecho en forma más o menos velada, y la justificación con la consabida fraseología de tinte democrático. Esta vez, como tantas otras, no han faltado publicaciones que han censurado un proceder que tan poco dice con los blasonados sentimientos liberales. Así, por ejemplo, «Franc-Tireur», señalando el carácter fascista del régimen que oprime a la nación española, ha dicho que lo que sea apoyar al Estado franquista es situarse en flagrante contradicción con todo cuanto se ha dicho al finalizar la pasada contienda, en relación a la libertad de los pueblos y a la acción antifascista, desarraigando aquellos factores fomentadores del fascismo. Noblemente, lo dicho y repetido tantas veces. Las razones que rebotan en la fría «razón de Estado».

Es en vano tratar de presentar a la comprensión de los hombres que rigen los Estados la situación del pueblo español. Han tenido y tienen pruebas, documentación suficiente para haber podido obrar en consecuencia. Pero entonces hubieran dejado ya de ser lo que son...

Pese a los múltiples factores que tienden al embrutecimiento de los pueblos, hay una parte sana, con anhelos de justicia, entre los obreros manuales e intelectuales. Quedan, por supuesto, en todas partes, gentes con dignidad. De ellos, y no de los políticos, puede conseguirse un apoyo incondicional para luchar contra la más abyecta de las tiranías: la del fascismo español.

FONTAURA

PARA EL EXPEDIENTE...

PROTOCOLO SECRETO ENTRE EL GOBIERNO ALEMÁN Y EL ESPAÑOL

«En esta hora en la que el gobierno alemán tiene la intención de dotar al ejército español, en el más breve plazo posible, de armas y material de guerra moderno en cantidades suficientes, el gobierno español, a petición del gobierno alemán, declara que está decidido a resistir a toda incursión de las fuerzas anglo-americanas en la península ibérica o en el territorio español de fuera de la península, es decir, en el Mediterráneo, en el Atlántico y en Africa, lo mismo que en el protectorado español de Marruecos, y de luchar contra tal incursión con todos los medios a su disposición.

Las dos partes se comprometen a conservar absolutamente secreta esta declaración escrita en alemán y en español.

Madrid, 10 de febrero de 1943.

Por el Gobierno alemán :
Von Moltke

Por el Gobierno español :
Gómez Jordana

Milagros e imposibles

EXPONED a los hombres ideas futuristas, acratas, originales-atrevidas; podréis inclusive recurrir a lo gráfico, y con la ayuda del lápiz y la pluma, del martillo y el cincel, de pincel y la paleta, presentárselas en croquis, bajo-relieves o aguafuertes. Infaliblemente hallaréis la eterna criada respondona que os espeta: «¡Esto es imposible!»

Frase de estereotipia disparada por los labios del más lerdo o irrumpiendo de la boca del supino impaciente. Tanto monta. A lo sumo hallaréis acentos estridentes, de atolondrado en el primero, en tanto en el segundo los captaréis burlescos, al saltar su sentencia.

Mas preguntadles las causas de tan inapelable fallo; de este imposible que no deja lugar en el espacio ni hora en el tiempo. Y veréis que, incapaces de conciencia propia, sin átomo de razón ni ápice de ciencia, descubrirán solamente su credulidad: magia providencialista, en la que creen a pies juntillas, fe milagrera a la que se entregan con los ojos cerrados.

Y, sin embargo, cuanto les decimos nada tiene de misterioso.

¿Acaso intentamos hacerles tragar picas de cruzado o arcabuces verticales?

Jamás les hemos propuesto comuniones espirituales a base de almuerzos simbólicos, de antropofagia sintética, quintaesenciados, servidos en bandeja por sacerdotes, y en los que tragando y sorbiendo carne y sangre de un cristo cualquiera, hallasen súbita redención. Tampoco les hemos invitado a confundir en la misma manada al cordero tímido y al lobezno temerario. Ni siquiera amasar en un mismo recipiente elementos antagónicos y adversos como el agua y el fuego.

Nunca nos dió por recitar versículos fantásticos como aquéllos que se refieren a las proezas de Josué: el que logró la admirable faena de parar las cuádrigas astrales en su veloz carrera — aquéllas que jamás dieran paso adelante ni atrás — para permitirles comer su pienso tranquilamente al son de clarines y trompetas victoriosas.

Decimos cosas sencillas, no para que atravesasen anchos gainates; para que las comprendan cerebros medianamente abiertos. Como éstas:

No hay comunión espiritual posible y redentora fuera del amplio marco de la comunidad humana y

libre. Y es en ella donde hallaréis succulento desayuno.

Que entre los hombres, semejantes sin ser idénticos, no los hay dotados de afilados colmillos y garras por la naturaleza. Mas lo cierto es que sois vosotras, mansas ovejas, las que fabricáis cuchillos y levantáis banquetas, y que luego, inconsciente y generosamente las ofrecéis a vuestros verdugos para el colectivo degüello. ¿Tanta es vuestra sordera que no acertáis a distinguir entre el balido y el aullido? ¿Es mucho pedir que frente al insulto no bajéis la cerviz vilmente? Veamos, un poco de lucidez. Al lobo, aun disfrazado, por sus inconfundibles andares le conoceréis a la legua.

Cuando hablamos de comprensión y tolerancia, tampoco hablamos de humillaciones y mezclas raras. El agua y el fuego se pueden coordinar como elementos activos. Con ellos aseguráis la cocción de vuestros alimentos, produciréis el vapor que centuplique vuestras fuerzas, condensa-

réis esencias, extraeréis substancias; en fin suponeros deseo el fuego, el agua, voluntad. Deseos para amar y voluntad para no odiar, cúspide de la conciencia. El día que sepáis manejar estos elementos que lleváis consigo, ¿dónde estará el imposible?

¿Nada os dice lo dicho por Galileo y lo descubierto por Copérnico para que sigáis por estos despenaderos de la biblia o estos desfiladeros del evangelio?

Será preciso el ejemplo. Pues ahí tenéis: el Fuero de Sepúlveda, las ciudades libres de la Edad Media, la vida equitativa establecida en la fragua de Donatello; todo lo que calla la Historia oficial, dice y afirma lo que nosotros gritamos hace tiempo.

Los precursores, estos seres utópicos según vosotros, son los únicos profetas. La realización de estos imposibles es cuestión de hombres, y la vida misma del hombre no será posible si en breve no se realizan.

PLACIDO BRAVO



Advertimos a los lectores y amigos de «CENIT», que en el próximo número continuaremos la inserción de las listas de donantes que ayudan a nuestra revista.

LAS DOS ESPAÑAS

QUIENQUIERA que se asome a España, si piensa y siente deseos de saber, si intenta comprender el carácter español, se extrañará por el contraste casi absoluto que ofrece la península ibérica, o mejor dicho, sus hombres.

En España se encuentra desde lo más genial hasta lo más insulso y animal que el hombre ha dado; desde la bondad más inmensa rayana con el sacrificio, hasta la maldad más cruel equiparable a la criminalidad más perfecta. Por algo su Estado tiene como emblema el yugo y las flechas: porque España es prisión elevada a la enésima potencia, simbolizada por la yugo, porque allí nadie tiene la vida segura, porque allí el crimen, símbolo del cual son las flechas, acecha a la vuelta de cualquier esquina. Ya no es bastante con la tétrica silueta de la cruz, ha sido necesario que la imagen del yugo y de las flechas complete el decoro que recuerda la muerte y mantenga permanentemente el temor al castigo en la mente de los españoles. ¡Cruz, Flechas y Yugo! ¡Ah, bárbaro entre los bárbaros! Ni los gusanos te comerán después de muerto de miedo a que seas tú quien te los comas. ¡Ruin personaje, malhadado e inmundado lobo, hiena que te has tragado lo mejor de los corazones españoles! Si, te has tragado lo mejor, sembrando odio y vertiendo sangre, y te has tragado los mejores — a millón y medio ascienden — y todavía continuas con la boca abierta por si la posibilidad te llega de tragarte otro millón más.

Alma odiosa envuelta en un fajín, tu recuerdo será el espanto de pequeños y grandes y al percibir tu silueta, un kepi o un uniforme como el que tú llevas, los corazones humanos se estremecerán sacudidos por el grito de dolor de los millones de muertos que tu bota asesina provocó. Hoy de-

d'camos estas líneas a otra de tus víctimas—muerta en tu cárcel—tu antipoda, el que formaba parte de tu enemiga secular, otro poeta, no menos enjundioso, no menos glorioso y no menos mártir que un Machado, que un Lorca, que un Juan Ramón Jiménez: nos referimos a Miguel Hernández.

LA OBRA DE MIGUEL HERNÁNDEZ

Decimos la obra, mas no, no es ésa nuestra pretensión. Por mucho que nos esforcemos, no llegaremos a describir ni una décima parte de la inmensa creación de este otro hombre de la otra España, no de la de fajín, sotana y moneda, sino de la España laboriosa y genial, hidalga y noble, fraterna y solidaria, mártir siempre. La obra de Miguel es muy profunda para que pensemos que puede ser resumida en unas cuartillas. Nos limitaremos a reseñar algunos aspectos de ella, aquéllos que la memoria ha conservado con fidelidad a la primera lectura de las poesías de este inmortal de la civilización y del progreso, de éste que, víctima del hombre del fajín, acusa desde su tumba a su verdugo, al que, se ponga la mitra, hongo o kepi, sabe que lo llaman por su nombre cada vez que una voz grita: ASESINO.

CONCEPTO SOCIAL DE LA POESÍA DE HERNÁNDEZ

No es huera la poesía de Hernández, es recia y toca en ella lo más actual y característico de la hora, siéndolo además, problema de todos los tiempos: el problema de la libertad y de la fraternidad, ligado y hasta precedido del de la justicia económica. Candente problema de todos los días, inseparable como es del resplandor del individuo en tanto que dios de sí mismo cuando no de todo. Y Miguel visa al espíritu de propiedad y de señoría, campante en España con terror consiguiente:

«Recuerdo que me contó un caso de tal tamaño, que me lo contó hace un año y nunca lo olvidó yo. Fué este el caso: le dió a cierta rapazuela candorosa por cosechar una rosa cada día en una huerta.

La huerta pertenecía al dominio del señor,

que advirtió lo de la flor de la niña cierto día,

Y cuando llegó al siguiente ella de un modo sencillo al rosal, salió un cuchillo colérico y reluciente al encuentro de su mano; y con los dedos partidos quedó, pegando alaridos y desangrándose en vano.»

«Canalla!», concluye Hernández. Más adelante, en la obra titulada «El labrador de más aire», como quiera que alguien pensase en abandonar una fiesta del pueblo «por si al señor le molesta hallarla tan concurrida» — que así y ahí llega el terror del señor español —. Hernández escribe:

«¿Teméis a vuestro señor, hombres de arrastrada vida, que os marcháis a su venida?»

Con lo que el poeta quiere decir que no basta con maldecir a la propiedad y al propietario, hay que hacerle frente. Siembra para ello una rebeldía digna y

leal. Como en todas las situaciones de la vida, Juan, el labrador de más aire, se encuentra solo frente a la docilidad que manifiestan sus hermanos de clase. Estos le recomiendan prudencia en todo lo que afecte a don Augusto, señor de la aldea. A los consejos de paciencia, Juan responde:

«No admito, amigos, no quiero ese consejo prudente.

Paciencia la suficiente, pero no la del cordero.»

«No puedo aceptar un daño, aunque me llegue del rey, ni con corazón de buey ni con alma de rebaño.»

Y aquí sale a relucir ante el lector avisado, la persecución de que fué objeto el poeta por parte del franquismo, encarnación suprema del señor de horca y cuchillo que era don Augusto (para mayor contraste Augusto) de su libro citado.

Actitud orgullosa pide Hernández a los españoles frente a la tiranía, frente a la animalidad:

«No se puede ser paciente ante nadie ni ante nada que nos trate atropellada, torcida y villanamente.»

Su poesía se traduce en acción incesante e irremediable so pena de parecerse y sustituir a la hipocresía. No se crea que Hernández apelaba a la guerra por gusto de guerrear. Antes al contrario, su acción, su acción violenta, no va más allá de lo que la razón y la verdad permite. No justificará jamás los medios fundamentándose en los fines:

«Cuando se nos muestra un [diente

de malicia o de maldad, abramos con claridad las bocas y las quijadas, para pegar dentelladas de razón y de verdad.»

Eso es, «para pegar dentelladas de razón y de verdad». Es así como Hernández interpreta la obra. Envuelta de razón y verdad. Proscribe de esta forma la mentira, como sistema de vida y la sinrazón en tanto que argumento o doctrina. Mas, ello no quiere decir que admita la sumisión — ¡cuánto debieran leerle los intelectuales españoles, de los que algunos, dicho sea de pa-

so, lo elogian y lo veneran! — Quiere establecer entre los españoles una actitud de la rebeldía permanente, razonada, serena y decidida. Sabe que aguardar hasta estar hartos de penas, es provocar el advenimiento de la hora de los desafueros, de la ruina moral y de la ruina material:

«Merece un nombre villano quien, por cobarde temor, de un dolor mucho mayor que el que al presente le apena, se conforme en su cadena y se duerma en su dolor.»

Tiene tanta fe en el hombre que predica el diálogo hasta con el propio tirano, no con mucha confianza en el resultado, pero sí con muchísima decisión. Prueba y recurre a todo antes que al empleo de la fuerza bruta. Mayor lealtad de conducta no podía concebirse:

«Habemos de retraer al señor a la razón: ésta es hoy nuestra cuestión y no hay más cosa que hacer. Si él ampara en su poder sus ambiciones feroces, y no escucha nuestras voces por conducirse a lo avaro, buscaremos nuestro amparo, si es preciso, en nuestras hoces.»

Socialista, en el más socialista

sentido de la palabra, en el ocio ve la gran deshonra y en el ocio, el ladrón de la existencia:

«Arrogante y aldeano, me honra extremadamente decir que mi pan lo gano con el sudor de mi frente.»

Honra que trasluce de una interpretación social del cristianismo en lo más anticlerical de la palabra.

«El labrador de más aire» es la imagen de un hecho acaecido a millares por toda España, en la que surge, por un lado la entereza del pueblo y por otro, la falsedad y codicia del burgués y de uno de sus perros, todo odio e instinto criminal, pues que éste es el que, por indicación de D. Augusto, mata al labrador.

Vive Miguel Hernández el verdadero problema social de España de una manera como de muy pocos se puede decir. Hace suya la idea de la Primera Internacional respecto a la propiedad. Bien demostrado queda en los versos siguientes de la obra citada:

«Por ella (la tierra) soy un [arroyo de sudor amargo y lento, ella es mi solo sustento, Y tan de mi sangre es que debajo de mis pies

Hay una categoría de «intelectuales» que pudiéramos definir como una especie de hombres frustrados y que, no siendo aptos para ningún oficio ni función concreta, se quedan clasificados en ese término híbrido. Y he vacilado mucho tiempo antes de perderle el respeto a esa clase, — ya son una clase —, por respeto precisamente a algunos hombres crecidos entre ellos. Ahora creo saber que esos que crecieron eran algo así como islas descollando entre la uniformidad ululante que se extendía a su alrededor, pero que también despreciaban el murmurante oleaje que lamía sus playas — o sus plantas.

No sé en qué libro de Unamuno leí las más causticas ironías contra ese hombre «arató» que es el intelectual. Pero creo que en aquel tiempo esa clase no había dado todavía toda la medida de su íntima e inmensa corrupción. Han tenido que sucederse los desastres humanos para que dieran hasta la última prueba de su cobardía, de su camaleonismo, endosando careta tras careta. Hoy, que ya los hemos visto de todos los colores,

Los intelectuales

podemos juzgar con acritud, pero sinceramente.

«Los intelectuales — decía Antonio Machado por boca de Juan de Mairena — son ciertos VIRTUOSOS de la inteligencia, — médicos, retóricos, fonetistas, ventrílocuos —, que no siempre son los más inteligentes...» Y casi siempre son los peores, añadimos nosotros. Todos ellos ignoran aquello de «escribir con sangre», que decía Nietzsche, y han convertido el entendimiento en una máquina sacaperras. Esa idea bastarda del provecho material de la inteligencia opera corrosivamente en la blanduzca pasta con que está formado el espíritu de un intelectual, disolviéndolo en la corrupción utilitaria que lo convierte en un tránsito constante.

En Francia, donde la fauna intelectual es tan espesa, es donde surgió

rodar sus árboles siento.
¿Cómo me viene a decir
que no es mía, si es tan mía
que ella no me dejaría
aunque me quisiera ir?»

Y con acento y ademanes muy dignos y valientes, dirigiéndose al amo continúa:

«No lo vuelva a repetir
por si se viene a pedazos
la tierra sobre mis brazos
con raíces irritadas,
a ofenderle a dentelladas
y a defenderme a zarpazos.»
«Salga de mi tierra, si,
que me pertenece a mí.
Y ahora, si aprecia su vida,
vaya saliendo de aquí.»

El labrador que nos describe Hernández es de tan recia personalidad que aun ante la hija del burgués de la cual se había enamorado apasionadamente, no puede fingir el odio que siente contra su padre por ser tirano de los trabajadores:

«Porque en tu alma prendiera
el amor en que me hundo,
haría de todo el mundo
y de tu padre una hoguera.»

Y no es que vislumbrara y predicara una rebeldía sin consecuencias ni participación populares, no, antes al contrario, de-

la boga de los intelectuales «engagés». ¿Comprometidos a qué? Pocos hombres de letras — hombre de letras, escritor, escribano —, dejan de seguir, en política, el movimiento del péndulo. Por eso en Francia, tantos intelectuales que ayer todavía aparecían como comunistas rabiosos, figuran ahora en las reuniones de propaganda de la extrema derecha... ¿Y el compromiso?, se preguntarán muchos. Era un ensayo de pose para la última fotografía.

La inteligencia es, al fin y al cabo, un ejercicio modesto. Los intelectuales no la comprenden así cuando no son inteligentes. Los que lo son miran y pronuncian la palabra justa en la hora requerida. También suele suceder que esos pongan detrás de la palabra, el bulto. El Verbo es vida, acto inmediatamente, o de lo contrario resulta el son de un organillo áfono y desvenecado. Además hemos llegado a un tiempo en el que las actitudes son la única rúbrica precisa para las palabras, tan desacreditadas por los intelectuales de Congreso y ágape.

B. MILLA

seaba que el pueblo defendiese sus derechos hasta el máximo; como lo hizo por ejemplo el español el año 1936. Parece que le hubiese seguido su prédica.

No cabe duda que la poesía de Miguel Hernández, sin menospreciar a la de Lorca, lejos de ello, abarca con más rigor y crudeza el lado social de la vida:

«Hace días merodea,
amenazando la aldea,
el hambre casa por casa,
y la gente labradora
su protesta no levanta
como una sola garganta
viva y amenazadora.»
«Labradores castellanos,
enarbolad la cabeza
desterrando la pereza
del corazón y las manos.
En pie ante todo verdugo
y en pie ante toda cadena:
no somos carne de arena,
no somos carne de yugo.»
«¿No tenéis alma en los huesos
ni sangre en el corazón?
¿Campará el pájaro malo,
y tendréis siempre a su antojo
sonrisas para su ojo
y espaldas para su palo?»

Rebelión mayor que la que piden estos versos ¿dónde podrá encontrarse? Este hijo de Orihuela que es Hernández deberá ser honorado y dado a conocer como merece. Dice que «los muchos siglos de catolicismo han dado al español un furioso y triste sentimiento del amor». Indica con ello que a pesar de que su inconformismo y su rebeldía no puede ser más radical ni pronunciarse con más decisión, tal actitud es impuesta, prefería una vida sosegada y fraterna a una vida agitada, de celos y luchas.

No nos detenemos a comentar su obra desde el punto de vista estrictamente literario, a pesar de lo rica que es, o precisamente por eso, pues si quisiéramos hacerlo nos exigiría un trabajo demasiado largo para la rúbrica que aseguramos. Significaremos no obstante que el dominio del idioma se demuestra con gracia y castizamente por los muchos y muy acertados silogismos que encontramos. Examina la hipocresía, el sentido del elogio, el amor exaltado magistralmente repetidas veces. Le hace un canto a Castilla, otro a Mayo; la natura-

leza con la que describe el papel de la mujer pule a ésta de tal forma que sólo un alma de poeta del pueblo puede hacerlo. También un diálogo del odio y del amor muy aleccionador y digno, tan digno y aleccionador que merece sea estudiado por cada español y por cada trabajador.

Ahora se dice que el franquismo le prepara un homenaje. Después de haberlo tenido encerrado y después de matarlo, sí, matarlo, pues que matarlo es dejarlo morir en la celda, maltratado, apaleado y abandonado a la tuberculosis, un homenaje del verdugo es asesinarlo dos veces. Esto lo registrará la historia como una mancha más de los que han colocado a España en peor situación que cualquier país asiático y medioeval.

En cuanto a su fin doloroso y cruel, Miguel Hernández, aunque lo viese venir, nunca le produjo desasosiego. No es en el saber morir en donde fundamentaba la razón de su existencia sino en el vivir. En vivir con dignidad. El mismo nos lo dice:

Si yo salí de la tierra,
si yo he nacido de un vientre,
desdichado y con pobreza,
no fué sino para hacerme
ruiseñor de las desdichas,
eco de la mala suerte,
y cantar y repetir
a quien escucharme debe
cuanto a penas, cuanto a pobres,
cuanto a tierras se refiere...
Aquí estoy para vivir
mientras el alma me suene,
y aquí estoy para morir
cuando la hora me llegue,
en los veneros del pueblo
desde ahora y desde siempre.
Varios tragos es la vida
y un solo trago la muerte.»

Como Góngora, como Quevedo, como Calderón, Lope y tantos otros del Siglo de Oro, Hernández es el que refleja el arte poético de España y la Revolución Social que necesita el pueblo español. La Revolución que, desde luego, llegará, poco a poco, paso a paso, cada día y por cada uno pero llegará. No seríamos dignos de tanto sacrificado si así no fuera.

M. Celma

MICROCULTURA

345. — En la fábrica de Corby, Northamptonshire, Inglaterra, está la excavadora ambulante más grande del mundo.

346. — El mejor libro sobre Sócrates actualmente es «Socrate ou la conscience de l'homme» de la universitaria francesa Micheline Sauvage (Ediciones du Seuil).

347. — En el año 399 A.C. tuvo lugar el proceso y la muerte de Sócrates.

348. — En el siglo sexto antes de J.C. vivió en la Grecia asiática el sabio Tales de Mileto.

349. — El mejor libro actualmente sobre los estoicos es «Le Stoïcisme» de J. Brun, publicado por las Presses Universitaires de Francia, en la popular colección «Que sais-je?».

350. — Al helenista francés Victor Brochard se deben magistrales estudios sobre la filosofía griega.

351. — La superficie de Gran Bretaña es aproximadamente igual al Estado de Oregón de los Estados Unidos de América, pero la población británica es casi un tercio del total de los Estados Unidos.

352. — Se entiende por «subintrar» entran uno después o en lugar de otro.

353. — El 7 de enero de 1927 tuvo lugar la primera comunicación telefónica a través del Atlántico.

354. — El «tártago» es una planta herbácea anual de la familia de las euforbiáceas.

355. — Se entiende por «umbroso» lo que tiene sombra o la causa.

356. — La geognosia fué fundada por Wagner, en 1875.

357. — La «vacuola» es un hueco, lleno de jugo celular, en el protoplasma de la célula.

358. — La «xenografía» es el conocimiento y estudio de las lenguas extranjeras.

359. — La ópera «El hombre milagroso» fué compuesta por Ignacio Javier de Seyfried compositor austriaco.

360. — El «yal» es un pájaro pequeño del orden de los conirostros.

361. — Se entiende por «tasación» el justiprecio, avalúo de las cosas.

362. — El dictador cubano G. Machado fué derrocado el 12 de agosto de 1933.

363. — Dicese «unalbo» a la caballería que tiene calzado un pie o una mano.

364. — Generalmente se admite que no hay vida en la luna, pero por lo visto, la ciencia ahora no tiene completa seguridad.

365. — Los jonios, efesios, eleatas y pitagóricos fueron los pensadores presocráticos.

366. — El doctor Erikson, de Stanford, Suecia, ha hallado que las distintas sustancias químicas que existen en las lágrimas, se presentan en proporciones variables según el estado de salud de la persona.

367. — Una estadística norteamericana reciente sobre accidentes de trabajo, muestra el alto grado de seguridad

alcanzado en la industria del transporte (0,99 accidentes por millón de horas de trabajo).

368. — Los pensadores escépticos principales fueron Pirro y Timón.

369. — Quinientas treinta mil casas de campo, de explotación agrícola, existen aproximativamente ahora (1959) en Gran Bretaña.

370. — Aristóteles y Teofrasto, fundadores del Liceo, fueron los principales pensadores peripatéticos.

371. — Chile tiene una población censada de seis millones de habitantes.

372. — Los principales pensadores jónicos (o milesios) fueron Tales de Mileto, Anaximandro y Anaximenes.

373. — El neoplatonismo de Plotino (205-270) dió paso al cristianismo.

374. — La Academia fué fundada por Platón y la Nueva Academia por Arcesilas y Carneades.

375. — La mayoría de la gente supone que todos los habitantes de las Islas Británicas son ingleses, cuando son ingleses solamente los habitantes de Inglaterra, pero no los de Gales, Escocia e Irlanda.

376. — Los megáricos más sobresalientes fueron Euclides, Eubulido, Diodoro y Estilpón.

377. — El francés Th. Collardeau escribió un magnífico libro estoico rotulado «Etudes sur Epictète» Paris, 1903).

378. — La hipnosis puede ayudar a personas con afecciones de la piel.

379. — Los sofistas primordiales, anteriores a Sócrates, fueron Protágoras, Gorgias, Hipias, Pródicos, Calpistenes y Trasímaco.

380. — El publicista libertario español Federico Urabes escribió una autobiografía en tres tomos titulada «Mi Vida».

381. — Los pitagóricos principales fueron Pitágoras, Timeo, Leucipo, Anaxágoras, Empédocles y Demócrito.

382. — La figura cumbre de los efesios fué Heráclito.

383. — La edición de «Noticias de Ninguna Parte», publicada en Argentina, contiene un extenso prólogo biográfico sobre W. Morris, debido a la pluma de Max Nettlau.

384. — El 10 de marzo de 1923 murió asesinado en Barcelona el sindicalista catalán Salvador Seguí, popularmente conocido como «Noi del Sucre».

385. — Los cínicos esenciales fueron Antístenes, Diógenes, Crates e Hiparco.

386. — Heriberto Spencer, el gran sociólogo inglés, fué quien escribió «El origen de las profesiones».

387. — Schopenhauer dió en Parerga y Paralipomena, su libro más difundido, una eudemonología «para hacer la vida lo más agradable y feliz posible».

388. — En todo momento, pensaba Unamuno, existe un afán de inmortalidad, nadie quiere morir, y en esto consiste su «sentimiento trágico de la vida».

SUNO

Imp. des Gondoles, 4 et 6, rue Chevreul, Choisy-le-Roi (Seine).—Le Gérant E. Guillemau. Toulouse (Hte. Gne.)

POETAS DE AYER Y DE HOY

Voces de España

A UN AMIGO

Ramón Cambor, amigo; la palabra más bella
te doy: amigo. ¿Miras solitario tu mar?
Violento partidario del pobre y de la estrella,
¿Guardas la misma forma de pensar?
¿Recuerdas que decíamos: «El mundo está mal hecho»,
Tú desde la violencia, yo desde el alma triste?
Con tu bomba de mano y el dolor de mi pecho,
¿No hemos soñado un mundo que no existe?

★

De allá, de San Lorenzo, vendrán las brisas leves
buscando la montaña de Santa Catalina.
Y tú estarás en medio, corazón que te atreves
a gritar tu verdad en cada esquina.
Y tú irás por las olas de tu Gijón nativo
con alguien que remando se gane su dinero.
Y volvería más solo, amargo y pensativo.
Y dirás las tristezas del barquero.

★

Llueve sobre Madrid. La tarde muere ahora.
Ramón, estoy pensando que nada nos separa.
Esa mujer que pide y ese niño que llora
buscan mi corazón que les ampara.
¿Y qué voy a contarte que no sepas de mí?
Anduvo triste un tiempo mi alma enamorada.
Algo he sacado en limpio: llegué, besé y perdí.
Pasa la vida, y no me pasa nada.

★

En mi amistad te quedas con tus sueños diversos,
mientras los otros — ¡déjalos! — por sus miserias luchan.
Con tus libros de química y mis libros de versos,
nuestras almas mirándose se escuchan.

★

Todos aquí aguardamos a que regreses. Mira
a tu cielo nativo, espera un poco, no temas
a la vida; no es mala, después de todo. Mira,
mira cómo me nacen los poemas.

RAFAEL MONTESINOS

Ediciones «CENIT»

«Marx-Bakunin», por Brupbacher (agotado)	
«Ideario», de Ricardo Mella (agotado)	
«Crítica anarquista de la sociedad actual», por el profesor José Oiticica ..	0,60 NF.
«La Grecia Libertaria», por Han Ryner	0,80 NF.
«El fascismo en la ideología del siglo XX», por Carlos M. Rama	1,60 NF.
«Antología libertaria», Varios	1,70 NF.
«Frente al público», por .. aure	1,40 NF.
«Orientación anarquista», por J. Grave	1,20 NF.
«El problema de la enseñanza», por Mella y «Nuestra ignorancia», por J. Prat	0,60 NF.
«La religión y la cuestión social», por J. Montseny	0,30 NF.
«La lucha por el pan», por R. Rocker	0,70 NF.
«Breve historia de la Anarquía», por Max Nettlau	1,80 NF.
«Hellen Key o la libertad de amar», por S. Valentín Camp	0,90 NF.

Pedidos a nuestro Servicio de Librería:
« CNT », 4 rue Belfort, Toulouse